

Sophie West

Sometida a
tus caricias



*Colección
DREAMS*

Contenido

[Portadilla](#)

[Sinopsis](#)

[Información](#)

[Capítulo uno](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo cinco](#)

[Capítulo seis](#)

[Capítulo siete](#)

[Capítulo ocho](#)

[Capítulo nueve](#)

[Capítulo diez](#)

[Capítulo once](#)

[Capítulo doce](#)

[DirtyBooks](#)

SOPHIE WEST

SOMETIDA
A TUS CARICIAS

COLECCIÓN DREAMS

La señorita Anatolia Eidenburg, hija bastarda del conde de Townstill, está en la más absoluta miseria. Sola, desamparada y sin hogar, la única familia que le queda reniega de ella a causa de sus orígenes ilícitos. La única opción que tiene de evitar el hambre y la pobreza, es aceptar el trato que le ha ofrecido el duque de Castle, un hombre altivo y frío que solo quiere a una muchacha de buena familia que sea pura e inocente, para convertirla en su amante sumisa y así ganar una apuesta con sus amigos.

El duque le enseñará a disfrutar de los placeres de la carne y, a cambio, ella descubrirá qué se esconde detrás del corazón aparentemente frío del Amo al que sirve.

¿Podrán evitar enamorarse el uno del otro?

Pasión, amor y drama, la combinación perfecta para una historia que sacudirá tus sentimientos... y algo más.

©Sophie West 2019

© para esta edición DirtyBooks Sweetystories
<http://sophiewestautora.wix.com/sweetystories>

Diseño editorial DirtyBooks
<http://sophiewestautora.wix.com/dirtybooks>

Primera edición marzo 2019

Todos los derechos reservados. Queda terminantemente prohibida la difusión bajo las sanciones establecidas por las leyes quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de esta edición y futuras mediante alquiler o préstamo público.

Capítulo uno

La señorita Anatolia Eidenburg no podía creer lo que estaba oyendo. Miró al duque de Castle con los ojos abiertos por la sorpresa y la indignación y se levantó, furiosa, olvidando el miedo que daba Su Excelencia, con aquellos ojos negros penetrantes que parecían traspasarte el alma, su porte altivo de quien sabe que es intocable, y su grande y musculoso cuerpo, algo nada habitual entre los aristócratas.

El duque se removió en su asiento, inquieto, pero se negó a levantarse también, tal y como dictaban las normas sociales. Fijó la mirada en ella y esbozó una sonrisa despectiva que la hizo temblar.

—Es usted despreciable —siseó Anatolia apretando los puños—. ¿Cómo comprende que voy a aceptar su indigna proposición?

El duque la miró de arriba abajo sin dejar de sonreír. Repasó su ropa negra, de luto, un vestido gazmoño y horrible que pronto le quitaría para tenerla desnuda ante sí.

Agrandó la sonrisa y se pasó la lengua por los labios, disfrutando de la anticipación.

—Porque es la única salida que le queda, señorita Eidenburg. No es una belleza, su carácter es prácticamente insoportable, ha cumplido ya los 25 años y va a convertirse en una solterona que no tiene dónde caerse muerta. —La brutalidad de sus palabras la hicieron retroceder varios pasos, horrorizada—. La única esperanza que tenía de esquivar la pobreza más absoluta, acaba de morir sin dejarle ni un penique. —El duque se inclinó hacia adelante, apoyando el codo en la rodilla, y la miró ladeando la cabeza y esbozando una sonrisa burlesca—. Dígame, señorita Eidenburg, ¿a dónde irá cuando el heredero de su tía abuela la eche de esta casa? Nadie de su familia quiere saber nada de usted. Los Eidenburg ni siquiera la consideran de la familia a pesar de llevar su mismo apellido. Es una bastarda sin dote. Su única opción de no caer en la más absoluta miseria, es aceptar mi propuesta.

—¿Convertirme en su amante? ¡Jamás! ¡Fuera de mi casa!

Alargó el brazo para señalar la puerta de la salita, intentando dar énfasis a su explosión de carácter, pero en el duque solo provocó una carcajada.

—Está muy hermosa cuando se ruboriza por el enfado. Sus mejillas arreboladas son toda una tentación, y me pregunto... —La volvió a mirar de arriba abajo mientras se levantaba y daba un paso hacia ella. Anatolia

retrocedió, bajando el brazo y cruzándolos delante de sí como si así pudiera protegerse de él—. Me pregunto hasta dónde llega su arrebol. ¿Hasta los pechos, quizá? Estoy deseando descubrirlo.

—Nunca lo hará —siseó.

—Está equivocada, señorita. —El duque se giró con indiferencia y caminó hacia la puerta que ella le había señalado con furiosa determinación hacía menos de un segundo. Al llegar allí, ladeo la cabeza y dirigió hacia ella aquella mirada que la hacía temblar—. Ya sabe dónde vivo. Cuando se vea en la calle y el hambre le apriete el estómago, recuerde mi proposición. Pero no tarde mucho, o habré encontrado otra candidata que ocupará el lugar que ahora le ofrezco a usted.

—Es usted un... un... ¡Encontraré trabajo! —le gritó mientras él abandonaba la estancia—. ¡De dama de compañía, o de institutriz! ¡Jamás recurriré a usted!

Cuando se encontró sola de nuevo, se dejó caer en el sillón y escondió el rostro entre las manos. Sollozó, de miedo y amargura, porque sabía que no iba a ser tan fácil.

—¿Ya has conseguido a tu virgen, Castle? —preguntó Edward Solsbury, conde de Sherman, mirando al duque con sorna.

—Todavía no, pero estoy en ello —contestó este, haciendo rodar el líquido ambarino que había en su vaso.

Estaban en el club de caballeros, pasando el tiempo ociosamente. Habían tenido un día ajetreado en el Parlamento y, al terminar la sesión, habían decidido que se merecían un rato de paz y tranquilidad.

—Si no te das prisa, perderás la apuesta.

—Yo nunca pierdo.

Sherman esbozó una sonrisa divertida y lo miró alzando una ceja.

—Bueno, esta podría ser la primera vez. Es fácil conseguir una puta, o una amante casada o viuda entre la aristocracia. Pero, ¿una virgen de buena cuna dispuesta a consentir de buen grado los juegos a los que vamos a someterla?

—Chasquéo la lengua—. Dudo mucho que lo consigas.

—Tengo en la mira a la hija del marqués de Townstill —soltó Castle, herido en su orgullo masculino.

—Townstill no tuvo hijas... —Sherman entrecerró los ojos para mirarlo y, de repente, soltó una carcajada—. ¡Qué diablo estás hecho! Te refieres a la bastarda, ¿no? Maldito truhán, debería haberme acordado yo de ella. Pero,

¿entra dentro de los términos de la apuesta? Al fin y al cabo, es ilegítima.

—Pero reconocida, y lleva su apellido, así que sí, entra dentro de los términos. Por cierto, ¿cómo les va a Morrison y a Bonchamp?

—Bonchamp ya ha conseguido a su chochito. Es una perita en dulce. Una chiquilla de diecisiete años a la que su padre ha cedido gustosamente a cambio de que el *Francés* le perdone las deudas de juego. Y Morrison está camelándose a su prima segunda, una chica no muy agraciada que siempre ha estado enamorada de él.

—Es un desalmado —exclamó Castle, riéndose—. ¿A su propia prima? Eso puede costarle un disgusto familiar.

Sherman se encogió de hombros y alzó una mano para llamar al lacayo. Este se le acercó con el decantador y volvió a llenarle en vaso de whisky.

—El padre es un imbécil y cree que quiere casarse con ella. Está convencido de que Morrison ha puesto los ojos en sus propiedades y no le hace ascos a la idea de que su hija se convierta en condesa y en la madre del futuro conde. El viejo siempre ha odiado formar parte de la rama deslustrada de la familia.

—La ambición desmedida de los padres siempre suele ser causa de las desgracias de las hijas —sentenció Castle con desprecio—. A ver qué dice cuando le devuelva a su querida hija bien usada y sin un anillo en el dedo. Y, probablemente, preñada de un bastardo.

—No hará ni dirá nada, Morrison está convencido de ello. Es un viejo avaro y cobarde que se tragará el orgullo y lo pagará con su hija, probablemente. ¡Pobre desgraciada! En el fondo, me da un poco de pena. Pero muy en el fondo.

—Bueno, si la preña, siempre puede hacer como Townstill: casarla con alguno de sus arrendatarios y pasarle una paga generosa. Seguro que la chica será más feliz que si la devuelve a su padre.

—Eres un blando, Castle —se rio Sherman—. ¡Si le hará un favor convirtiéndola en su amante entregada! Dime, ¿qué otras oportunidades podría tener una muchacha fea como ella de saber lo que es tener entre las piernas a un hombre que la deje satisfecha y feliz? Las chicas que escojamos serán unas afortunadas y, cuando terminemos con ellas, no querrán que otro hombre las toque.

—¿Y tú, Sherman?

—¿Yo? Yo ya terminé la búsqueda. Hace tres días la señora Willis me certificó su virginidad y ayer la llevé a su nueva casa. Le he regalado estos

dos días para que vaya aceptando su nueva posición y mañana empezaré el adiestramiento. ¡Lo estoy deseando!

—¿Y quién es la afortunada?

—La señorita Miranda Lorington —confesó con una amplia sonrisa.

—Vaya, una de las nietas del conde de Derrynoir.

—La más bella de todas.

—¿Y cómo has conseguido que ese cervatillo indefenso caiga en tus manos?

—Bueno... —Sherman sonrió con malicia—. Ha sido cuestión de decir las palabras adecuadas en los oídos correctos. Todo el mundo tiene secretos, Castle, y hay personas que están dispuestas a todo con tal de mantener a salvo a las personas que aman.

Anatolia miró a su alrededor y ahogó un sollozo de desesperación.

Hacía un mes que su primo Michael la había echado de la que había sido su casa durante toda su vida, desde que su padre la había reconocido como hija a pesar de su ilegitimidad y la había enviado a casa de la tía Edwina Whistle, una vieja viuda amargada y gruñona, para cuidarla y hacerle compañía.

En aquel entonces solo contaba con diez años de edad y, aunque no había tenido una vida fácil, tampoco podía decir que había sido una desdichada. Su madre y su padrastro, un granjero honesto y trabajador de buen corazón, habían cuidado bien de ella y le habían dado mucho amor. Pero cuando su padrastro murió en una terrible epidemia de sarampión, su madre, desesperada, la envió con su verdadero padre, el marqués de Townstell que, en un ataque de locura fuera de precedentes, decidió reconocerla, más para fustigar a sus parientes que por compasión hacia la pobre huérfana.

Desde aquel momento había vivido en aquella casa, soportando los malos humores de la señora Whistle, aguantando estoicamente su lengua afilada, demostrando su bondad y su compasión hacia aquella pobre viuda que había tenido la desdicha de no poder darle un heredero a su marido, y que pagaba su amargura con todos los que estaban a su alrededor.

Era una casita pequeña, de cinco habitaciones, y solo contaban con una criada para atenderlo todo, por lo que, muchas veces, Anatolia tenía que ocuparse de limpiar, hacer las camas, o cocinar, porque la pobre mujer no daba abasto.

«Aún así, lo daría todo por poder volver a aquella situación», pensó, mirando a su alrededor.

Hacía un mes que vivía en aquella habitación cochambrosa, llena de humedad y sucia, en una pensión de mala muerte en la que las cucarachas y las ratas campaban a sus anchas. Hacía un mes que visitaba, diariamente, todas las agencias de colocación de Londres para encontrar un trabajo como dama de compañía o de institutriz. Y hacía un mes que en todas ellas la rechazaban. «No tiene usted referencias, señorita Eidenburg», era la cantinela que oía pronunciar a todas aquellas mujeres vestidas con austeridad, que la miraban con los ojos entrecerrados, como si desconfiaran de aquella desconocida que parecía una dama en su porte pero no en su situación.

«Y se me está acabando el dinero».

Sacó la bolsita que guardaba bajo el corpiño y que siempre llevaba encima, y la vació en la mano. Le quedaban diez peniques.

«Ya sabe dónde vivo. Cuando se vea en la calle y el hambre le apriete el estómago, recuerde mi proposición».

La voz del duque resonó en su cabeza. ¡No! No iba a rendirse, no con tanta facilidad. Si tenía cuidado, los diez peniques podían durarle dos o tres días más. Quizá mañana encontraría trabajo. Quizá no debería ser tan orgullosa y optar a un puesto como doncella. Seguro que en ese caso sí la contratarían y, si tenía suerte, iría a parar a casa de una familia decente que la tratarían bien.

Capítulo dos

—Su Excelencia, hay una joven en la puerta principal que insiste en que usted la está esperando.

Castle miró al mayordomo y cerró el libro que estaba leyendo. Eran las nueve pero todavía estaba en casa porque aquella noche había decidido no salir. Sus amigos, Sherman, Morrison y Bonchamp, ya estaban ocupados con sus respectivas gatitas, pero él todavía esperaba que la arisca Anatolia Eidenburg se diese cuenta de que, en este mundo, una mujer como ella no tenía ninguna oportunidad de sobrevivir si no era bajo la protección de un hombre como él. Al fin y al cabo, había puesto todo su empeño en que le fuese imposible encontrar un trabajo digno, y le sorprendía que hubiese aguantado un mes y medio de la más absoluta desesperación, recibiendo rechazos constantemente de todas las agencias que había en Londres. Sherman tenía razón al afirmar que las palabras adecuadas dichas a las personas correctas, obraban milagros, y sus notas advirtiendo de la incapacidad de la señorita Eidenburg habían conseguido que ninguna agencia quisiera admitirla.

—Y, esa joven, ¿le ha dicho su nombre?

—No ha querido decírmelo, Excelencia. ¿Puedo añadir que viene embozada en una capa que ha visto mejores tiempos y parece algo deslustrada y polvorienta?

—Hágala pasar, Marcus.

—Pero, Excelencia...

—No se preocupe —bromeó el duque—, si resulta ser una asesina, creo que podré defenderme yo solo.

—Por supuesto, Excelencia.

El mayordomo hizo una exagerada reverencia y abandonó la estancia, para aparecer minutos más tarde seguido de una sombra oscura con andares femeninos.

Marcus tenía razón. La capa con la que se cubría de pies a cabeza estaba deslustrada y polvorienta, pero era evidente que en su momento había sido cara. La figura se quedó quieta al lado de la puerta, con el rostro todavía oculto por las sombras de la capucha con la que se escondía, desde donde unos brillantes ojos verdes lo observaban.

Castle no se levantó ni dijo nada. La miró esbozando una sonrisa satisfecha y alargó la mano para alcanzar la caja de puros que había encima de

la mesita auxiliar. Cogió uno, cortó la punta y lo encendió con parsimonia, sin prisas.

—Así que al fin te has decidido —dijo cuando el puro ya había prendido. Exhaló el humo y volvió a girar el rostro para mirarla. Ella no se había movido ni había pronunciado palabra—. Me has hecho esperar, y vas a tener que resarcirme por eso.

—Excelencia... —dijo Anatolia, dudando si continuar.

Sabía que no debería estar allí, pero la desesperación y el hambre tomaron la decisión por ella. Hacía una semana que se le había acabado el dinero, y había sobrevivido rebuscando en la basura y peleando con otros tan desgraciados como ella por un mendrugo de pan mohoso. Y aquella misma tarde, cuando no pudo pagar la habitación, la mujer que regentaba la pensión la echó de allí sin permitirle sacar sus cosas. Solo pudo llevarse la capa que llevaba puesta, y después de una ardua pelea que hizo que la prenda acabara arrastrada y pisoteada por el suelo.

—¿Sí? ¿Hay algo que quieras decirme?

Castle disfrutaba con aquella situación. Sí, tenía a la mujer donde quería, desesperada y hambrienta. Las cosas no parecían haberle ido nada bien. Si hubiese sido lista y hubiese aceptado su proposición en cuanto se la ofreció, se habría ahorrado los sinsabores del último mes y medio.

—¿Todavía está en pie lo que me ofreció? —susurró, avergonzada.

—No lo sé. Primero, ponte aquí, delante de mí, y quítate la capa para que pueda verte.

Castle cruzó las piernas y le dio una profunda calada al puro. Sabía que era de mala educación. Un caballero jamás fuma delante de una dama. Pero Anatolia Eidenburg estaba a punto de dejar de serlo, así que sus modales ya no tenían importancia.

Anatolia caminó con reticencia. Sabía que debía obedecer, pero su orgullo y su dignidad le gritaban que saliese corriendo ahora que todavía estaba a tiempo. Pero, ¿correr hacia donde? ¿A morirse de hambre debajo de un puente? ¿A ofrecer sus servicios a cualquiera que quisiera pagarlos, en Whitechapel? Por lo menos, siendo la amante del duque estaría protegida y cuidada.

El orgullo y la dignidad no llenaban el estómago.

Así que obedeció. Caminó hasta ponerse enfrente de él y dejó caer la capa al suelo, avergonzada de su aspecto lastimero y sucio, de estar tan desharrapada, como una mujerzuela. Pero alzó la cabeza con orgullo y

determinación, decidida a no dejar que él la viera humillada.

Castle la miró concienzudamente de arriba abajo, observando todos los cambios que se habían producido durante las últimas semanas. Todavía llevaba el mismo vestido con el que la vio la última vez, pero tenía manchas de barro en varios lugares, y una manga descosida que dejaba ver su tersa y deliciosa piel.

—Te has adelgazado un poco, pero puede remediarse. Y necesitas un buen baño. —Castle arrugó la nariz y sacó un pañuelo del bolsillo para llevárselo hasta allí—. ¿A qué demonios hueles? Parece que te hayas revolcado entre la inmundicia.

Se levantó, obviando el rubor y los puños apretados de Anatolia, y tiró del cordón para llamar al mayordomo.

—¿Sí, Excelencia?

—Que alguien prepare un baño para mi invitada.

—Sí, Excelencia.

—Te darás un baño pero, mientras eso llega, hablaremos de negocios — dijo, girándose hacia Anatolia y llevándose las manos a la espalda, cuando el mayordomo desapareció.

—¿De negocios, Excelencia?

—Por supuesto. Nuestra relación será comercial. Tú me venderás tu cuerpo y podré hacer lo que quiera con él sin que tú tengas derecho a impedírmelo ni a recriminarme nada. A cambio, recibirás una cantidad sustancial de dinero y regalos, además de poder vivir en una cómoda casa durante el tiempo que dure esta relación. Después, cuando termine contigo, recibirás otra cantidad generosa de dinero. Y si se da el desafortunado incidente de que te hayas quedado embarazada, te asignaré una cantidad mensual para la manutención del bebé. Por tu parte, tú te comprometes a hacer cualquier cosa de ámbito sexual que te ordene, a estar siempre dispuesta y deseosa de recibir mis atenciones. Me da igual que finjas, si lo haces bien. ¿Has comprendido?

Anatolia tragó saliva, muy nerviosa, pero asintió. ¿Qué otro remedio le quedaba? Era la única oportunidad que tenía de huir de la miseria más absoluta.

—Sí, Excelencia.

—Magnífico. Esta noche dormirás aquí. Mañana, te llevaré hasta lo que será tu nuevo hogar y empezará tu adiestramiento.

—¿Adiestramiento, Excelencia? —preguntó, sorprendida. No sabía nada

de las cosas que el duque querría hacerle, o que querría que le hiciera, pero la señora Whistle tenía una lengua larga y hablaba de más. Según ella, lo único que debía hacer una mujer en ese momento, era tumbarse en la cama, abrir las piernas y dejarse hacer. No veía qué había de difícil en eso para ser necesario un adiestramiento.

—Por supuesto. Has sido educada como una dama, con todo lo que eso conlleva, y yo no quiero a una dama en mi cama. Quiero a una puta capaz de satisfacer todos mis deseos y caprichos.

El duque sonrió, ladino, y se acercó a ella para rozarle la mejilla con el dedo. Anatolia tembló por el contacto. Su mano era fuerte y firme, pero la acarició con suavidad.

—Aprenderé lo que me pidáis —susurró, apartando la mirada, nada convencida de sus propias palabras.

—Lo sé, gatita. Te convertirás en la mejor puta sumisa de Londres. —El duque se apartó y volvió a sentarse ante el fuego. Alzó la mirada y ladeó la cabeza—. Puedo imaginarte vestida de seda y satén. Estarás preciosa y mis amigos rabiarán de envidia cuando te vean.

—¿Sus amigos? —preguntó, alarmada. ¿Qué tenían que ver sus amigos? ¿Por qué tendrían que verla?

—Por supuesto, querida. Cuando un hombre consigue convertir un trozo de carbón en un diamante rutilante, tiene necesidad de alardear de ello. Por cierto, ¿dónde está tu equipaje?

Anatolia agachó la cabeza, avergonzada.

—La casera no me permitió llevarme nada —susurró—. Todavía está allí, aunque no quedan muchas cosas. Dice que me lo devolverá cuando le pague lo que le debo.

Había vendido la mayor parte de sus cosas a tiendas de segunda mano para poder alargar su subsistencia mientras encontraba un trabajo, con la idea de recuperarlas más tarde. Pero todo había sido un sueño que no había acabado bien.

—Bueno, eso tiene fácil solución. Dale la dirección a mi mayordomo y él se encargará de todo.

—Gracias, Excelencia.

Como invocado por un conjuro, el mayordomo apareció en ese momento para anunciar que el baño de la señorita estaba preparado, y Anatolia lo siguió en silencio.

El mayordomo la llevó hasta un dormitorio bastante lujoso, con una cama enorme con dosel, con un cobertor de terciopelo y sábanas que parecían de seda. Todo el suelo estaba alfombrado y la lumbre del hogar calentaba e iluminaba todo el lugar.

Dos grandes ventanales estaban cubiertos por cortinas gruesas. A un lado, una pequeña mesa y dos sillas en la que había un refrigerio. El estómago le retumbó y se hubiera abalanzado sobre la comida si la bañera, dispuesta ante el fuego de la chimenea, no la hubiese llamado con más fuerza.

La doncella que la atendió no era muy habladora, algo que Anatolia agradeció profundamente. Si hubiera empezado a hacerle preguntas, no habría sabido qué contestar.

La ayudó a desvestirse y a meterse en la bañera, y la frotó con ahínco para quitarle la mugre que tenía encima. Hacía muchos días que no había podido darse el lujo de bañarse, y disfrutó de cada segundo, sintiendo el calor del agua penetrar en la piel y viajar hasta los huesos helados, y de sentir de nuevo la piel limpia. Cuando empezó a lavarle la cabeza, cerró los ojos y la apoyó en el borde, relajándose.

Estaba asustada por su futuro, no podía negarlo, pero la frialdad del duque y su exposición clara de las cosas, le habían dado un ligero respiro. Quizá no iba a ser tan malo y, si era tan generoso como había manifestado, era posible que consiguiera reunir el dinero necesario para vivir durante una buena temporada sin preocupaciones.

«Podría alquilar una casita pequeña en el campo», soñó, mientras las manos expertas de la doncella le masajearan la cabeza y el cuello, para deslizarse hasta los hombros tensos. Dejó ir un suspiro. Aquello era tan agradable y placentero. Sintió como todo su cuerpo se relajaba hasta entrar en un ligero sopor.

—Tu cuerpo es una bendición para los ojos —susurró en su oído una voz masculina.

Anatolia se incorporó con brusquedad, girándose en la bañera para apartarse de aquellas manos que no eran las de la doncella. Se hizo un ovillo al otro lado, intentando taparse con las manos, y miró con horror que el que le había estado lavando la cabeza y masajearando los hombros, era el duque en persona.

—¿Qué hace aquí? —preguntó, sorprendida y horrorizada a partes iguales.

—Verificar que la mercancía por la que voy a pagarte generosamente, está en buenas condiciones.

—¡Mi cuerpo no es una mercancía!

—Para mí, sí, gatita. Y no me muestres las uñas, o esto acabará antes de que empiece. Recuerda, amable, sumisa y dispuesta. Ahora, ven aquí para que te aclare el pelo.

—Puedo hacerlo sola —siseó, muy humillada. ¿Por qué había entrado a escondidas para mortificarla de aquella manera?

—Seguro que puedes, pero me apetece hacerlo yo. Ven aquí, muchacha —ordenó, muy serio, mirándola fijamente con aquellos ojos negros que refulgían con el reflejo del fuego en ellos.

El corazón de Anatolia palpitaba tan rápido que tenía la sensación de que iba a estallar en cualquier momento. Se obligó a serenarse y a obedecer. Al fin y al cabo, para eso había ido allí, para que él jugara con ella a cambio de no pasar más hambre, ni frío, ni miedo. Giró, todavía hecha un ovillo, intentando que él no viese nada que un caballero no debería ver, pensando que estaba siendo estúpida e irracional, porque acabaría viéndolo todo igualmente. Se puso de espaldas a él y echó la cabeza hacia atrás para que pudiera aclararle el pelo.

El duque echó el agua sobre su cabeza con cuidado y frotó el pelo para que el jabón se marchara. Después, empezó a secarlo con una toalla hasta que dejó de chorrear agua.

—Perfecto. Ya puedes salir de la bañera.

Anatolia cerró los ojos con fuerza para darse ánimos. El muy gañán estaba de pie ante ella, esperando que se levantara. Iba a tener una visión total de su desnudez, y no tendría manera de esconderse.

«¿Qué más da? —se dijo—. Si no me ve hoy, me verá mañana. El jarabe amargo mejor tragarlo con rapidez».

Se levantó, alzando el rostro con dignidad, y lo miró a los ojos, desafiante. El duque le ofreció una mano para que pudiera salir de la bañera sin incidentes, y ella la aceptó.

—Eres mucho más hermosa de lo que esperaba —musitó él, observándola a placer.

Cogió una toalla grande y la cubrió con ella, secándola con delicadeza, recorriendo su cuerpo con las manos sin pudor, haciendo que Anatolia se ruborizara. Nadie la había tocado así antes. Sí, estaba cubierta con la toalla, pero saber que debajo de aquella fina prenda estaba totalmente desnuda, provocó en ella un punto de excitación extraña que no había experimentado nunca.

Las manos del duque eran firmes pero suaves, y más que secarla, parecía estar acariciándola. Cuando las pasó por encima de los pechos, notó que los pezones se tensaban y arrugaban, provocando un insólito tirón en su bajo vientre y una misteriosa reacción entre sus piernas. Su coño se humedeció y tuvo que controlar la respiración para no jadear.

—Sabía que el fuego de tus ojos era una señal —susurró Castle en su oído—. Jamás te han tocado, ¿verdad?

—Nunca, Excelencia —musitó ella con los ojos cerrados, abandonándose a las caricias. Si todo lo que iba a hacerle era como eso, no veía qué había de malo en ello.

Las curiosas manos del duque bajaron más, hasta posarse sobre las nalgas. Las masajeó y sintió cómo el tirón de su polla tensaba los pantalones. Le hubiera encantado poseerla allí mismo y, gracias al abandono de ella, sabía que sería bien recibido. Pero antes tenía que pasar la prueba de la virginidad. La señora Willis tenía que visitarla para dar fe de que era virgen.

Se apartó de ella y Anatolia sintió que el frío regresaba a sus huesos. ¿Por qué se alejaba? ¿Es que había hecho algo mal? ¿Se había enfadado con ella?

Se giró para mirarlo y vio en sus ojos el destello de la lujuria. No era la primera vez que lo veía en un hombre, pero sí era la primera vez que ella respondía con calor en su entrepierna. Tragó saliva, no atreviéndose a hablar.

—Dormirás aquí esta noche. —La frialdad había vuelto a su voz—. Mañana te llevaré a tu nueva casa y empezaremos el adiestramiento. —Dejó ir una sonrisa de satisfacción—. Preveo que serás una alumna muy dispuesta, gatita. Te convertiré en la mejor esclava sexual de Londres.

Capítulo tres

Las últimas palabras del duque retumbaron en su cabeza durante toda la noche. Y todavía lo hacían aquella mañana, mientras el carruaje traqueteaba por las calles de Londres. ¿Esclava sexual? ¿Qué había querido decir con aquello? La palabra «esclava» ya daba miedo por sí misma, pero si la unía a la otra...

Un escalofrío le recorrió el cuerpo, ahora cubierto con ropa nueva y limpia que el duque le había proporcionado. No era un vestido bonito. Probablemente lo había conseguido de alguna de las criadas de su mansión. Cuando le había preguntado por la ropa que llevaba la noche anterior, se había limitado a decirle que había ordenado quemarla.

La casa en la que se detuvieron no era muy grande. Tenía dos plantas y el sótano. Abajo, en el sótano, estaba la cocina y las dependencias del servicio, una cocinera, un lacayo, dos doncellas y un mayordomo, que la recibieron con frialdad cuando el duque la presentó como su nueva señora. ¿Cuántas mujeres habían visto pasar por allí?, se preguntó. Mujeres que habrían sido amantes del duque antes que ella.

Una sorprendente punzada de celos la atravesó, dejándola confusa.

En la planta baja, estaban el comedor y una sala bastante grande preparada para recibir visitas. Y en la superior, había seis dormitorios con sus respectivos baños y vestidores, y una habitación con la puerta cerrada con llave que el duque se negó a enseñarle todavía.

Quizá no era una gran mansión, pero tenía todas las comodidades, era confortable y estaba decorada con lujo y decadencia. Todos los cuadros representaban a hombres y mujeres en las más abyectas posturas sexuales. En uno, una mujer atada estaba siendo penetrada a la vez por dos hombres; ella intentaba gritar, pero se lo impedía la mano que le cubría la boca. En otro, cuatro hombres perseguían a una chica que corría desnuda por el bosque, con el rostro contraído por el miedo. En otro, un sátiro de pene gigantesco tenía ante él a una mujer llorosa, de rodillas, y parecía tener la intención de introducirle el miembro en la boca.

Pero lo que le causó más conmoción fue una escultura de mármol que había en una hornacina en la parte superior de la escalera, en la que una mujer sujeta boca abajo con correas en una especie de potro, estaba siendo sometida por cuatro hombres. Dos la penetraban por detrás, aunque Anatolia

no comprendió cómo podía ser eso. Un tercero la penetraba por la boca. Y un cuarto tenía el miembro en la mano de ella. La cara de satisfacción de los cuatro hombres era evidente, así como el placer que sentían, con las cabezas echadas hacia atrás en pleno éxtasis.

De la mujer... no podía decirlo. Tenía los ojos cerrados y su rostro parecía tenso.

La representación era tan real, que Anatolia creyó por un segundo que la mujer empezaría a gritar en cualquier momento, si no fuese porque tenía la boca ocupada con un enorme falo dentro.

—Algún día, gatita, te verás así de hermosa —le susurró el duque a sus espaldas.

Ella se estremeció, y un extraño hormigueo le recorrió la espalda, aunque en aquel momento no supo si de anticipación o de horror.

El duque le mostró cuatro de los seis dormitorios, para que escogiera el que más le gustara. Se quedó con el más femenino de todos, el que tenía el papel pintado con margaritas, un diván a un lado de la chimenea, una mesita circular al otro, cubierta con un hermoso mantel bordado, y las alfombras de color beige con pequeñas flores rojas. También tenía un tocador con un gran espejo, cuya superficie estaba llena de frascos de perfume, y un vestidor más grande que los demás.

—¿Qué hay en la habitación cerrada con llave, Excelencia? —preguntó mientras admiraba el que iba a ser su dormitorio.

—Todavía no estás preparada para verla.

—¿Preparada?

—Exacto. Allí están algunos de los juguetes que utilizaré contigo. Pero eso será más adelante, cuando esté seguro de que no querrás salir corriendo.

Castle sonrió al ver su expresión, mezcla de curiosidad y miedo. Qué estaba pasando por su cabeza en aquel momento, no podía saberlo, pero sí sabía el efecto que tendrían en ella los aparatos que guardaba celosamente en su mazmorra particular si se los enseñaba en aquel momento.

No, todavía no estaba lista. Pero en un par de semanas, lo estaría, cuando la hubiese domado y estuviese camino de convertirse en la sumisa que él sabía que llegaría a ser.

—Es hora de empezar tu adiestramiento, gatita. ¿Estás lista? —Anatolia asintió, tragando saliva. ¿Estaba lista? Ni por asomo, pero no quería demorarlo más—. Bien. Aunque antes, tengo que explicarte algunas normas.

Se sentó a los pies de la cama y cruzó las piernas. La observó

intensamente durante un instante, poniéndola nerviosa. Anatolia seguía de pie en medio del dormitorio, con las manos juntas, luchando por no empezar a retorcerselas.

—¿Qué normas, Excelencia? —preguntó al fin, al ver que él no seguía hablando.

—La primera, es que nunca vas a volver a pronunciar una palabra delante de mí a no ser que sea para responderme a alguna pregunta que yo te haya hecho, o que te indique que puedes hacerlo. La segunda, es que, a partir de ahora, para ti seré «el Amo». Excelencia me llama todo el mundo, es el tratamiento que corresponde a mi título. Pero para ti, soy «el Amo». ¿Comprendido?

Anatolia tragó saliva. No comprendía a qué venía aquello, pero no le quedaba más remedio que obedecer si no quería volver a la miseria de la calle.

—Sí... Amo —susurró, y la palabra no le supo tan rara cuando la pronunció. Extrañamente, una corriente de placer la recorrió al pensar que aquel hombre, el magnífico y aterrador duque de Castle, la consideraba de su propiedad. Nunca había sentido que pertenecía a nadie, ni a lugar alguno. No desde que sus padres murieron.

—Aprendes rápido, y eso me complace mucho. Tercera regla: no quiero que la ropa oculte tu belleza. Cuando yo esté presente, siempre estarás desnuda, a no ser que te indique lo contrario. Cuando venga a visitarte, tendrás el tiempo que yo tarde en subir las escaleras para quitarte la ropa que lleves encima; por eso te sugiero que no utilices demasiadas prendas mientras estés en casa. ¿Alguna pregunta hasta ahora?

—No... Amo.

Castle miró sus mejillas sonrosadas por la vergüenza. Imaginarla desnuda y en la postura adecuada de servilismo, esperándole, hizo que se excitara. Pero no era el momento todavía. Antes, tenía que enseñarle cómo y dónde debía estar ella cuando él cruzara la puerta.

—Quítate la ropa. Estás en mi presencia, y estás vestida. Y eso es inaceptable.

Anatolia tembló, pero recordó la noche anterior, cuando él ya la había visto desnuda, la pasión fulgurando en sus ojos negros, y lo que le hicieron sentir sus caricias.

Por fortuna, el vestido que llevaba puesto era muy sencillo y estaba abrochado por delante, así que no tuvo que pedirle ayuda. Dejó caer el vestido

al suelo, y le siguieron los zapatos, la camisola, las enaguas, los calzones y las medias, hasta que su cuerpo quedó sin protección alguna.

Hacia algo de frío, y los pezones se le endurecieron. La mirada de él se fijó en los montículos que eran sus pechos, y se pasó la lengua por los labios, relamiéndose.

—Hermosa... —susurró—. No vas a volver a necesitar la ropa hasta mañana, así que quítala de mi vista.

Anatolia dudó. Se agachó para recogerla, enrojeciendo de vergüenza al ver que sus pechos oscilaban por la postura. Se irguió con rapidez y caminó hacia el vestidor, sintiéndose vulnerable, desprotegida e insegura.

Castle admiró su trasero, redondo y bien formado, y pensó que sería una delicia cuando la follara por allí. Sí, sería memorable, todo un reto, convertir a una virgen de buena cuna, educada como una dama, en una puta libidinosa y desvergonzada.

Cuando Anatolia salió del vestidor, Castle ya no estaba sentado a los pies de la cama. Se había levantado y se había quedado de pie en el centro del dormitorio.

—Ven aquí.

Ella caminó hacia él. El corazón le bombeaba a una velocidad de vértigo, la piel la tenía erizada y tenía la sensación de que no era ella la que se movía por la habitación, como si su mente hubiese salido de su cuerpo y fuese otra la que estuviese allí, desnuda, exhibiéndose ante el duque.

Cuando llegó ante él, este la cogió por los hombros y la hizo girar hasta que se quedó mirando hacia la puerta, dándole la espalda a él.

—Ahora, arrodíllate. Las manos sobre los muslos, la espalda recta y la cabeza gacha. Bien. Perfecto. —Caminó a su alrededor, observándola—. Esta es la postura en la que me recibirás siempre. Ya no eres una dama. Ni siquiera eres una persona libre. Ahora, eres mi esclava. Me perteneces, eres de mi propiedad, y debes mostrarte dócil, sumisa y obediente. Tanto si yo estoy presente, como si no. Tu vida ya no te pertenece. Vestirás como yo te diga, comerás lo que yo te ordene, solo saldrás de esta casa cuando yo te dé permiso. Te he presentado ante los criados como la nueva señora de la casa, pero en realidad, no lo eres. Todos los que trabajan aquí saben qué deben hacer, y no obedecerán ninguna de tus órdenes, así que ni siquiera lo intentes, o me lo dirán y tendré que imponerte un castigo. Desobedecerme supondrá dolor. Abandona esta casa sin mi permiso, y supondrá dolor. Desafiame, y supondrá dolor. ¿Has entendido?

—Sí, Amo —contestó, temblando. ¿Dolor? No le había dicho nada de sufrir dolor. ¿Qué clase de dolor? ¿Cómo la castigaría? Iba a ser mucho mejor no descubrirlo.

—Eres una buena gatita —la aduló, acariciándole la cabeza con suavidad—. Esta será tu posición siempre que yo esté presente, a no ser que te ordene lo contrario. Si te digo que te sientes a mi lado, lo harás como estás ahora, de rodillas en el suelo. Y nunca, jamás, me mires a los ojos.

Anatolia tragó saliva. Eran demasiadas cosas. ¿Cómo iba a recordarlas todas? Estar desnuda en su presencia, sin poder siquiera sentarse en una silla. Siempre de rodillas en el suelo, como un... un... un animal. Empezó a dudar de haber tomado la decisión correcta.

Alguien llamó a la puerta y, al otro lado, la voz del mayordomo anunció que traía un refrigerio.

—Estupendo. Me muero de hambre. ¿Y tú, gatita, tienes hambre?

—Sí, bastante, Amo.

Aquella palabra ya no le resultó excitante, sino como una losa cerniéndose sobre ella.

—Bien. Comeremos algo, entonces.

Castle abrió la puerta. Anatolia temió que al otro lado siguiera esperando el mayordomo con la bandeja en la mano, pero no fue así. La bandeja estaba delante de la puerta, sobre una mesa auxiliar. El duque la cogió y entró con ella, cerrando la puerta con un pie. La dejó sobre la mesa del mantel bordado y se sentó en la única silla que había.

—Ven aquí, gatita. Ponte a mi lado.

Descubrió la bandeja y dejó la tapa a un lado mientras Anatolia se arrodillaba a su lado. El aroma llegó hasta sus fosas nasales, y su estómago gruñó.

—Vaya, estás hambrienta. Veamos por dónde empezamos... —Observó la comida, decidiendo qué darle a comer primero. Escogió un sandwich de pollo. Lo sirvió en su plato y lo cortó a pedazos pequeños con el cuchillo y el tenedor. Cogió uno de los pedazos con los dedos, y lo llevó hasta la boca de ella—. Come, gatita. Has de recuperar los quilos que has perdido.

Anatolia abrió la boca y tomó el bocado de sus dedos. Se le hizo extrañamente placentero y un cosquilleo inoportuno se mezcló con el hambre en su estómago. La mano de Castle se deslizó por su cuello mientras ella masticaba, y acabó sobre uno de sus pechos, que acarició distraídamente mientras la observaba comer.

Así comió aquel mediodía. Castle le ponía pedazos de sandwich en la boca y ella masticaba mientras él le acariciaba los pechos, el cuello, y le pellizcaba los pezones. Anatolia se esforzaba por mostrarse serena, pero su cuerpo temblaba y la piel se le erizaba, lo que provocaba que el duque sonriera de satisfacción.

Se sentía muy rara en aquella situación, con una extraña mezcla de miedo y excitación. Debería estar alarmada, avergonzada y humillada. La estaba tratando como si fuese un animal doméstico, y le daba de comer como lo haría con un perro, acercándose a la boca y después acariciándola como premio por ser obediente. Debería gritar de rabia y decirle que no tenía derecho a tratarla así; pero, en realidad, la excitaba. El duque era un hombre apuesto y varonil, y la tocaba con calidez y ternura, haciendo que se mojara de deseo. ¿Cómo podía ser? La habían educado como a una dama, no debería reaccionar así.

«Tu madre era una puta que se abrió de piernas con gusto para mi sobrino. Tú serás igual que ella, pequeño demonio».

La voz de Edwina Whistle resonó en su cabeza, provocándole un estremecimiento de horror. ¿Sería eso? ¿La herencia de su madre? Una mujer decente no se acostaba con hombres que no fuesen su esposo, pero su madre le había entregado su cuerpo al marqués de Townstill. Anatolia había pasado toda su vida rehuyendo el contacto masculino para demostrarle a la anciana que se equivocaba, y creía que lo había conseguido porque ningún hombre había logrado robarle un beso siquiera. No era coqueta, ni descarada, ni se vestía para atraer las miradas masculinas.

Pero, ¿y si la anciana señora Whistle tenía razón?

Debía tenerla, porque en lugar de sentirse asqueada consigo misma por el contacto de las manos del duque sobre su cuerpo, notaba cómo la excitación crecía y se acumulaba en su bajo vientre, provocando que el útero pulsara de deseo insatisfecho y que su coño se empapara.

«Soy una mujerzuela, una cualquiera» pensó, desolada, y tuvo que luchar contra las lágrimas para que no rodaran libres por sus mejillas.

Capítulo cuatro

Anatolia estaba verdaderamente hermosa en aquella postura, arrodillada ante él, comiendo de su mano, aceptando las leves caricias y el placer que le proporcionaban. El sol entraba por los ventanales y los rayos hacían que su pelo rojo refulgiera como el fuego. Era una lástima que lo llevara recatadamente recogido en un moño nada sofisticado.

Castle decidió ponerle remedio y empezó a quitarle las horquillas, haciendo que los mechones se fuesen vertiendo como una cascada iridiscente por la espalda desnuda.

—En la intimidad, te quiero siempre con el pelo suelto. Es un delito que esta seductora melena esté constreñida por los absurdos peinados que usáis las mujeres.

—Sí, Amo —susurró Anatolia, con los ojos entrecerrados, sintiendo cómo el placer de su leve toque en los mechones salvajes hacían que se le estremeciera la piel.

¿Cómo podía ser que se sintiera así por un hombre que no conocía? ¿Un hombre que había utilizado su desgracia para someterla a sus caprichos? Quizá porque, a pesar de todo, estaba siendo amable y tierno con ella. Podría ser violento y haberle arrebatado la virginidad a la fuerza, sin importarle lo que ella sintiera; sin embargo, estaba siendo paciente, mostrándole con serenidad lo que esperaba de ella.

Decían del duque de Castle que no tenía corazón, que era frío como el acero. ¿Podría ser que se equivocaran?

Se atrevió a alzar la vista y sus miradas se quedaron prendadas. Anatolia se pasó la lengua por los labios de forma inconsciente, y los ojos de él volaron hacia allí, quedándose fijos en aquel movimiento inocente y provocativo al mismo tiempo, originándole un estremecimiento por la anticipación del placer que sabía iba a sentir cuando ella estuviera preparada para dárselo. Podía imaginársela recibiendo su polla en aquella boca incitadora, lamiéndola y chupándola con fruición.

—Excelencia, acaba de llegar un mensaje urgente de Castle Manor.

La voz del mayordomo los sacó a ambos de sus ensoñaciones. El duque carraspeó y fue hacia la puerta para abrirla solo un poco, lo justo para poder coger la nota y volver a cerrarla inmediatamente.

La leyó con rapidez y se giró hacia ella. Anatolia no se había movido de su

lugar. Seguía al lado de la mesa, de rodillas, en actitud sumisa, con el rostro inclinado hacia el suelo y las manos quietas sobre los muslos. Tuvo la tentación de romper la nota y quedarse para seguir con su adiestramiento, pero sabía que no debía hacerlo. El deber lo llamaba y, aunque sabía que lo que le esperaba en casa no iba a ser nada gratificante, su obligación era acudir.

—Tengo que irme. Volveré esta noche a las siete en punto, y espero encontrarte preparada para mí. Un rato antes, vendrá una mujer, la señora Willis, que te examinará para certificar tu virginidad. No te opongas a ella. ¿Has entendido, gatita?

—Sí, Amo.

¿Una mujer que la examinará? Anatolia se sonrojó y el rubor le recorrió todo su cuerpo. Castle se acercó a ella y le puso las manos en los hombros, acariciándole la piel para enterrar después las manos en su melena pelirroja. Le agarró el pelo y tiró de su cabeza hacia atrás con suavidad, para obligarla a alzar la mirada y pasarle los dedos de la otra mano por el cuello expuesto.

—Pórtate bien en mi ausencia, gatita.

—Sí, Amo —susurró Anatolia, perdida en la intensidad de aquellos ojos negros que la miraban con tanta severidad.

—Hasta la noche.

La nota que había recibido le anunciaba la visita de su madre, la duquesa viuda. No tenía ganas de hablar con ella, y se preguntaba qué la había traído a Londres cuando era más que sabido que, desde la muerte del anterior duque, jamás abandonaba su retiro campestre.

Pero era una pregunta retórica. Sabía perfectamente qué la había hecho viajar hasta la ciudad. En los últimos meses, las cartas de su madre habían sido como una interminable lista de damas de buena cuna, adecuadas para convertirse en duquesas, de las que alababa su belleza y su carácter, además de las ventajas que le reportaría una unión con las diferentes familias.

Su madre quería que se casara y abandonara la soltería, aunque él se negaba en redondo a hacerlo. Si era feliz en su actual condición de soltero, ¿por qué iba a cambiarlo? Pero la respuesta a esa pregunta también era obvia: responsabilidad, obligación, deber. Debía casarse para proporcionar un heredero al ducado. Dos, si era posible, por si uno de ellos no llegaba a la edad adulta. Era lo que se esperaba de él, era lo que hacían todos los caballeros que cargaban con responsabilidades como la suya.

—Madre, es un placer verte —mintió en cuanto entró en la salita en la que

ella lo estaba esperando.

Su madre todavía era hermosa, a pesar de sobrepasar los cincuenta años. Era alta y esbelta, y su pelo rubio no lucía ni una sola cana. Vestía de luto, a pesar de que su padre hacía ya siete años que había muerto a consecuencia de un accidente de caza, y la duquesa siempre decía que seguía echándolo de menos.

Su matrimonio había sido del todo inusual, pues se habían casado por amor, y Castle no recordaba haber oído ni una sola discusión entre ellos. Por eso no comprendía por qué le tenía tanta reticencia al matrimonio; o quizá era precisamente por eso que no quería casarse, porque no había encontrado a la dama adecuada, la que hiciera que su corazón se acelerara y a la que pudiera mirar como su padre miraba a su madre, con un arrobo casi juvenil.

—Eres un mentiroso, pero te perdono —bromeó ella, aceptando el beso en la mejilla que su hijo le dio.

—¿Qué te trae por Londres? ¿Ya te has instalado adecuadamente?

—Sí, y te agradezco que, a pesar del tiempo que hace que no visito la ciudad, mis aposentos sigan estando preparados. En cuanto a la primera pregunta, sabes perfectamente qué me trae aquí: voy a buscarte una esposa.

—Madre, ya hemos hablado de ese tema largo y tendido. Todavía no pienso casarme.

—Sé que no quieres hacerlo, pero no puedes esperar más. Tienes responsabilidades.

—Lo sé, madre, pero todavía no es el momento. Padre no se casó contigo hasta los treinta y cinco. ¿Qué hubiera pasado si se hubiera casado antes de conocerte?

La duquesa viuda cerró la boca con un chasquido. Vaya por Dios, así que su hijo no quería casarse porque estaba esperando enamorarse. Aquello la sorprendió. Richard Longarrow, actual duque de Castle, siempre había sido un muchacho frío y distante poco dado a mostrar sus sentimientos. Recordaba perfectamente que, de pequeño, siempre protestaba cuando se veía obligado a dejarse abrazar y besar por ella. Jamás se hubiese imaginado que, en el fondo, era un sentimental y un romántico.

—Tienes razón. Si tu padre hubiese estado casado cuando nos conocimos, nuestra historia habría sido muy diferente. Por eso voy a darte el beneplácito de esperar hasta que cumplas su misma edad, treinta y cinco años, y después de eso, me encargaré de buscarte una esposa adecuada para ocupar la posición de duquesa. ¿Te parece bien?

Castle le lanzó a su madre una mirada altiva y amenazadora, intentado intimidarla para que cambiara de opinión. Todo el mundo se arrugaba con aquella mirada. Todo el mundo, menos la duquesa viuda, que le devolvió una mirada igual de intensa.

—Cuando haces eso, me recuerdas mucho a tu padre —le dijo, sonriendo con ternura—. Él me miraba igual cuando yo me empeñaba en algo que consideraba inadecuado o incorrecto. Y, ¿sabes qué? Nunca le funcionó.

—Padre estaba enamorado de ti y te lo consentía todo. No es mi caso.

—No, pero eres mi hijo, y sé que me quieres a pesar de que te esfuerzas en demostrar lo contrario. Por eso aceptarás mi propuesta.

Castle suspiró, resignado, porque su madre tenía razón en todo. Era su obligación casarse, no tenía escapatoria, pero por lo menos había ganado unos meses de tregua. Al fin y al cabo, su vida no cambiaría demasiado después del matrimonio. Dudaba mucho de poder encontrar una esposa que le diera lo que necesitaba en la cama, y él se sabía incapaz de forzar a la futura madre de sus hijos a aceptarlo tal cual era, así que tendría que seguir manteniendo a una amante dispuesta a disfrutar de sus perversiones más abyectas.

—Está bien, madre. Tú ganas. En cuanto cumpla los treinta y cinco, puedes empezar a buscarme una esposa adecuada.

—¡Estupendo! Me haces muy feliz, hijo. ¡Tengo tantas ganas de disfrutar de mis nietos!

—¿Cuántos días vas a quedarte?

—Oh, no te preocupes por mí, sigue haciendo tu vida como si yo no estuviera. Me quedaré unas semanas para aprovechar el viaje y visitar a mis viejas amigas. ¡Hace tanto que no las veo! Me pondrán al día de todos los cotilleos que me he perdido. ¡Será divertidísimo!

—Me alegra mucho verte de tan buen humor, madre, y sabes que puedes quedarte todo el tiempo que quieras.

—Lo sé, cariño. Eres un buen hijo, no sé si te lo he dicho alguna vez.

—Constantemente, madre. Hasta cuando no era cierto.

Anatolia estaba muy nerviosa. Eran cerca de las siete y corrió a prepararse para la llegada del duque.

«No, no el duque. He de pensar en él como en el Amo», se dijo. No podía permitirse el lujo de cometer errores o equivocarse. Quería demostrarle al Amo que había hecho bien en elegirla a ella porque si le fallaba y él se enfadaba, podía romper su trato y echarla a la calle. No quería volver a la

mísera habitación en la que había convivido con ratas y cucarachas durante el último mes y medio, ni pasar más hambre o frío. Estaba dispuesta a hacer lo que fuese necesario para no regresar a esa situación.

Además, la hacía sentir cosas que no había experimentado nunca. No estaba segura de si aquello era bueno o malo, y durante las horas que habían pasado, se había preguntado más de una vez si era una mala mujer por sentir esas cosas, pero había aprendido desde bien pequeña que debía aceptarse tal y como era y que no debía avergonzarse de sí misma, nunca. La señora Whistle había intentado quebrarla durante años, repitiéndole lo despreciable que le resultaba tenerla en su presencia, recalcándole constantemente que era una bastarda producto de la lujuria de la mala mujer que había sido su madre. Pero los recuerdos que ella tenía de su madre eran tiernos y hermosos, y ninguna palabra había conseguido empañarlos.

Había pasado el día conociendo su nueva casa. Después de que el Amo se había marchado precipitadamente, se había vestido con la ropa que este le había dado por la mañana y se había atrevido a salir de la habitación. Él no le había ordenado quedarse encerrada, así que pensó que no cometía ningún error al hacerlo. Recorrió en silencio las diferentes habitaciones, admirando la riqueza que se entreveía en cada mueble, cortina, colcha o adorno. Seda, terciopelo, roble, mármol, plata, oro, porcelana... los materiales eran exquisitos, y todo el conjunto era espectacular. Ni en sus mejores sueños se había visto viviendo alguna vez en una casa como aquella. La señora Whistle era rica y su casa comfortable y coqueta, pero ni por asomo era tan maravillosa.

Incluidos los cuadros y la escultura que en un primer momento la conmocionaron, y que ahora la hacían sentir mucha curiosidad. Pasó un buen rato observándolos uno a uno, fijándose en las posturas, en los rostros, en las manos, en algunos de los extraños objetos que se veían. Como aquella especie de potro de la escultura, donde estaba sujeta la mujer.

En la escultura se entretuvo más que en los cuadros. Incluso se atrevió a pasar sus manos por ella, acariciando el mármol, sintiendo el frío de la piedra bajo las yemas de los dedos, y el extraño calor que la hizo sentir al imaginarse que era ella la mujer que estaba allí.

«Los cuatro hombres son muy atractivos», pensó, y observó con detenimiento sus rostros hasta que llegó al que tenía la polla metida en la boca de la mujer atada, y ahogó una exclamación de sorpresa. No se había dado cuenta hasta aquel momento. La escultura no era muy grande, quizá una cuarta

parte del tamaño real, pero no había duda: aquel hombre era el duque de Castle.

Pensó que iba a arder de lujuria en aquel mismo momento. Cerró los ojos y en su mente era ella quién tenía en la boca el hermoso y magnífico miembro del Amo, y él empujaba en su interior mientras la tenía agarrada por el pelo, obligándola a aceptarlo en toda su longitud.

Volvió a su dormitorio y corrió al baño. Echó agua en la jofaina y se refrescó el rostro. Estaba toda ruborizada y excitada, y sentía que la humedad de su coño estaba manchando los calzones.

Almorzó en el comedor, con vajilla de porcelana, cubiertos de plata y copas del cristal más fino y exquisito. Después, recorrió el pequeño jardín que había en la parte trasera, admirando los parterres llenos de flores, el pequeño estanque lleno de peces de colores y el coqueto cenador.

Cuando empezó a anochecer, subió a su dormitorio para prepararse, pero al pasar por delante de la puerta cerrada con llave, se detuvo un momento para preguntarse qué escondería el Amo allí dentro. Tenía mucha imaginación, pero era incapaz de intentar siquiera adivinarlo.

«Allí están algunos de los juguetes que utilizaré contigo», le había dicho, pero se había negado a darle más explicaciones.

¿A qué clase de juguetes se refería? Los juguetes eran para los niños, pero dudaba mucho que el Amo tuviese allí encerrados caballos de madera o muñecas infantiles. Además, ¿cómo los usaría con ella?

Sacudió la cabeza y corrió a su dormitorio. Miró el reloj que había sobre la repisa de la chimenea. Marcaba las siete menos diez minutos, así que corrió al vestidor para despojarse de toda la ropa y se sentó delante del tocador para deshacer el moño en el que se había recogido el pelo.

«Él lo quiere suelto», se recordó, y sintió un estremecimiento.

La primera vez que lo había visto, le había dicho que era feúcha, pero ahora no se comportaba como si pensase igual. ¿Quizá la vería hermosa? Se miró en el espejo, recorriendo con las yemas de los dedos la piel del cuello y de los pechos. Era suave y cremosa, y se enorgulleció porque, a pesar de tener el pelo de un tono rojizo, no tenía ni una sola peca.

«No soy feúcha, Amo», se dijo con una sonrisa.

Oyó las campanas del gran reloj del vestíbulo marcando las siete, y el sonido de la puerta de entrada.

El Amo había llegado.

Corrió a su posición con el corazón acelerado y la piel erizada. ¿Qué haría con ella aquella noche? Recordó las suaves caricias de la mañana, cómo él había pasado las manos por sus pechos, y se le arrugaron los pezones de lujuria. ¿Sería igual de placentero lo que tenía previsto hacerle? Esperaba que sí.

—¿Cómo ha pasado el día la señorita, Gordon? —le preguntó al mayordomo mientras se quitaba el abrigo y se lo entregaba, junto al sombrero y el bastón.

—Ha estado recorriendo las habitaciones y ha estado un buen rato en el jardín, Excelencia.

—¿Ha almorzado bien?

—Sí, Excelencia, y tomó un refrigerio a media tarde en el salón.

—¿Ha causado algún problema?

—En absoluto. Ha sido muy discreta.

—Bien. ¿Algo de lo que deba ser advertido?

—Bueno... no sé si es relevante o no, Excelencia, pero ha pasado un buen rato admirando su colección de cuadros y la escultura. Parecía tener mucha curiosidad. Incluso se ha atrevido a tocar la escultura.

Castle sonrió con satisfacción.

—Es muy relevante, Gordon. ¿Qué parte de la escultura ha tocado?

—Toda ella, Excelencia. Y creo que se ha dado cuenta de que uno de los hombres, es usted.

—Y, ¿qué reacción ha tenido?

—Corrió al baño, Excelencia. Mandé a Mildred con la excusa de avisarla de que la comida estaba servida, y esta me ha contado que estaba ruborizada y se estaba echando agua en la cara para refrescarse.

Gordon había permanecido impassible mientras le daba la información, y Castle se congratuló de nuevo al ser lo bastante inteligente como para contratar a un mayordomo que prefería a los hombres para solazarse porque, si no fuese así, a esas alturas, seguramente estaría tan excitado como él mismo.

—¿Ha venido la señora Willis? —recordó de pronto, cuando ya se disponía a subir las escaleras.

—No, Excelencia.

—Maldita sea —gruñó. No podía poseerla hasta que no tuviera en sus manos la carta de la señora Willis, certificando que la muchacha era virgen. Era algo imprescindible si quería ganar la apuesta—. Envía al lacayo a su

casa a buscarla. La quiero aquí dentro de media hora. Que la traiga a rastras si es necesario.

—Sí, Excelencia.

Capítulo cinco

—Estás verdaderamente hermosa, gatita —le dijo nada más entrar.

Verla allí, completamente desnuda, con los pezones contraídos por el frescor del ambiente a pesar del fuego que crepitaba en la chimenea; esperándolo tal y como él le había ordenado, hizo que se excitara todavía más, y eso lo puso de mal humor. Quería poseerla aquella misma noche, no quería esperar más. Sentía la polla tensa contra los pantalones, y los testículos muy doloridos por la lujuria insatisfecha. Quería ensartar su miembro dentro de aquel coñito que, estaba convencido de ello, sería cálido y acogedor; romper la barrera que le certificaba que ella era pura y casta, y hacerla verdaderamente suya, de su propiedad.

—Bienvenido a casa, Amo —dijo ella, con voz dulce, manteniendo el rostro bajo.

Castle se acercó a ella y le acarició el pelo. Lo llevaba suelto, tal y como lo prefería, y le caía por la espalda como una cascada de fuego.

—Según me ha dicho Gordon, la señora Willis no ha venido aún. He enviado a un lacayo a por él, pero tardará al menos una hora en llegar y estoy tan excitado por ti que no puedo esperar. Necesito alivio, gatita, y voy a enseñarte cómo puedes hacerlo sin necesidad de perder tu virginidad... todavía. —Le alzó el rostro para que lo mirara, utilizando solo el dedo índice, y le acarició la mejilla con el pulgar—. Gordon me ha dicho que has estado observando la escultura del rellano. ¿Qué opinas de ella?

—Que es... interesante, Amo. Extraña y perturbadora, pero interesante.

—¿Te has fijado bien en lo que hace la muchacha con la boca?

—Sí, Amo —contestó, ruborizada.

—¿Qué es lo que hace? Dilo.

—Le... le acoge el miembro viril, Amo. —Su voz salió en apenas un susurro.

—Acoge el miembro viril. Un eufemismo que solo podría usar una dama como tú —dijo, sintiéndose divertido por la elección de palabras—. Me está chupando la polla, gatita. La chupa y la lame como si fuera un caramelo. ¿Te gustaría hacérmelo?

La pregunta tenía trampa, por supuesto. Quería darle la impresión de que ella tenía la opción a negarse, aunque no era cierto. Si le decía que no, se vería obligado a recordarle el acuerdo que tenían, y en el que había dejado

claro que ella no podía negarse a hacer lo que le pidiera. Tanto si quería como si no, acabaría chupándosela.

Pero Anatolia lo sorprendió al contestar:

—Sí, Amo, pero no sé cómo. Nunca antes he hecho algo así.

Castle se hinchó de satisfacción. Anatolia era completamente virgen. No solo todavía tenía el himen intacto, sino que ninguna parte de su cuerpo había sido profanada por manos masculinas.

Él iba a ser el primero en todo.

—No te preocupes por eso. Yo te enseñaré.

Le pasó el pulgar por los labios y lo introdujo en su boca, simulando que era la polla que pulsaba dentro de los pantalones. Le explicó cómo debía usar labios y lengua, y Anatolia se aplicó con dedicación si apartar los ojos de su mirada, viendo en ellos la lujuria ardiente que sería capaz de incendiar la casa como las llamas que bailaban en el hogar de la chimenea.

Castle, satisfecho después de la breve aunque explícita explicación, y sin ser capaz de esperar ni un segundo más, se desabrochó los botones que sujetaban su pantalón y liberó, por fin, su miembro erecto.

Anatolia tenía antes sus ojos aquella polla grande y gruesa, de un color amoratado, hinchada y recorrida por venas gruesas. Pulsaba delante de ella, como si tuviera vida propia, atrayéndola como los ojos de la serpiente hipnotizan a su víctima.

Alzó una mano muy despacio y recorrió la longitud, acariciándola con las yemas de los dedos. Nunca antes había visto un miembro masculino, y se lo había imaginado como algo feo y detestable. Nada más lejos de la realidad.

La polla del duque le pareció hermosa y era dura y suave al mismo tiempo.

Castle dejó ir el aire entre los dientes, y un estremecimiento le recorrió la espalda.

—Abre la boca, pequeña gatita. Y hazlo todo como te he dicho.

Anatolia entreabrió la boca y la acercó, con algo de reticencia, para besarle y lamerle el glande.

—Coge la base de la polla con una mano, y desliza la lengua de arriba abajo, gatita.

Ella obedeció. La piel era como de satén, y era cálida y suave a pesar de que la polla estaba dura como el hierro. Se animó al oírle gemir, y se introdujo el miembro en la boca. Era muy grande, demasiado, y no le cabía entera. Castle la agarró por el pelo y tiró de él, obligándola a echar la cabeza hacia atrás, dándole así más espacio que aprovechó, enterrándose más profundo en

la húmeda boca femenina.

—Chupa, y mueve la lengua sobre la piel.

Anatolia obedeció, y Castle empezó a follarle la boca sin soltarle el pelo, metiéndose cada vez más adentro mientras deslizaba la mano libre hasta apoderarse de un pecho y apretar, pellizcándole el pezón, sintiendo cómo el placer se arremolinaba alrededor de su ingle, apretando los testículos, llevándolo al borde del éxtasis en pocos minutos.

Sacó con rapidez la polla de su boca. No quería correrse todavía. Le ordenó que la besara en toda la longitud, y que utilizara la boca para chupar los testículos.

Anatolia lo hizo sin protestar, perdida también en el mar de deseo en el que se había sumergido. Le dolían los pechos y sentía un dolor punzante, pero nada desagradable, en el útero. La piel estaba erizada, y cada vez que él pasaba la mano para acariciarla, temblaba y gemía, y la vibración de sus gemidos se propagaba al testículo que tenía en la boca, haciendo que Castle respondiera con gruñidos de placer.

—Dios, gatita, no voy a durar mucho más —susurró con voz gutural—. Quiero estar dentro de ti cuando me corra.

Volvió a penetrarle la boca, follándola con agresividad, mientras se dejaba ir y bramaba por el placer que lo recorría y lo hacía estremecer.

La polla pulsó y empezó a derramarse en el interior de la boca. Anatolia no se quejaba, a pesar de que el miembro era demasiado grande y le llegaba hasta el fondo. Le daban arcadas y sentía que se ahogaba, pero no le importaba. La calidez del semen que se deslizaba por la garganta o que sobresalía de la boca, resbalando por los labios, era un regalo que no podía dejar de agradecer.

Antes de terminar, Castle abandonó la cálida morada, con la polla todavía salpicando semen, y la deslizó por su rostro, manchándole la cara y el pelo que fulguraba reflejando la luz del fuego de la chimenea.

Jadeando y vacío, con el miembro ya desfallecido después de haber liberado toda la lujuria que había estado conteniendo, Castle la soltó y se apartó de ella para abrocharse los pantalones. Después, dirigió los ojos hacia donde ella estaba, todavía de rodillas, con los ojos vidriosos y los labios manchados con su semen. Deseó besarla, pero desistió de ello porque solo se besaba a la gente que se amaba, y él no amaba a esta muchacha. Solo iba a ser su puta, nada más, y cuando se cansara al cabo de unos meses, se desharía de ella como había hecho con tantas otras antes.

—Lo has hecho muy bien —dijo con voz fría y neutral—. Sabía que podría convertirte en una buena puta para mí. Ahora, ve a lavarte. La señora Willis está al llegar y no querrás oler a sexo cuando te examine.

—Gracias, Amo.

Anatolia sintió una punzada de dolor cuando oyó sus palabras. ¿Por qué le dolía que la llamara «puta»? Al fin y al cabo, era en lo que se había convertido, ¿no? Había aceptado el trato que le había ofrecido sin esperar de él otra cosa que no fuese una generosidad económica que la sacaría de la miseria. ¿Por qué, entonces, había deseado que le dijera una palabra amable?

No lo sabía.

Tan solo hacía veinticuatro horas que estaba bajo su protección. Sí, había sido amable con ella, incluso le había demostrado algo de ternura. Cualquiera otro en su situación, sabiéndola vulnerable y en sus manos, no sería tan paciente con una muchacha inexperta, ni le hablaría con paciencia para explicarle qué era lo que esperaba de ella. Los hombres no se distinguían precisamente por su sensibilidad. En otras manos, le habrían arrebatado la virginidad en la primera oportunidad, sin darle a ella ni una sola oportunidad para prepararse. En cambio, el duque de Castle estaba siendo muy tolerante con su inexperiencia, y le había dado un día entero para hacerse a la idea de en qué iba a convertirse.

Quizá por todo ello estaba empezando a sentir algo de respeto y cariño por él. Porque aún viéndose obligada a someterse y entregarse a aquel hombre que no dejaba de ser un completo desconocido, que se había aprovechado sin remordimientos de su desgraciada situación para proponerle algo que en otras circunstancias no habría aceptado jamás, no se sentía una víctima.

Al contrario.

Sabía que tenía suerte, porque la única otra opción que le quedaba cuando decidió aceptar su trato, era entregarse a cualquiera por un puñado de monedas.

Lo observó marchar sin decir nada más, y se levantó, con las rodillas y la garganta doloridas, para hacer lo que él le había ordenado.

Castle se dirigió con paso rápido hasta su dormitorio y cerró la puerta tras él, quedándose apoyado en ella, con el rostro contraído y los ojos cerrados.

Dios.

Nunca, en toda su vida, había sentido tanto placer como al ver el rostro entregado de Anatolia mientras le chupaba la polla. La expresividad de sus

ojos, las líneas de su frente, las mejillas ruborizadas, los labios cálidos y suaves... todo había contribuido a que no pudiera controlarse y se había derramado mucho antes de lo que él quería.

Le hubiera gustado poder dilatar aquellos minutos hasta el infinito. Su entrega, su devoción y su sumisión, lo habían llevado hasta el cielo con una rapidez fulminante.

Ni un solo quejido o protesta había salido de aquella deliciosa boca. Había aceptado lo que él le exigía, y había colaborado con placer y entrega, disfrutando de cada una de sus penetraciones, y ¡por Dios! se había tragado todo su semen sin necesidad de que él se lo ordenara.

«Va a volverme loco, lo presiento», se dijo, preso de un absoluto terror al sentir la calidez de unos sentimientos que estaban empezando a nacer y que eran del todo inadecuados y molestos; pero la conversación con su madre aquella misma mañana, había alterado su normalizada frialdad y había conseguido abrir grietas en lo que, hasta aquel momento, había sido una armadura impecable.

«Recuerda que es una bastarda, nada adecuada para convertirse en duquesa. Tenlo presente».

«Pero sería maravilloso tener a una duquesa como ella, ¿no crees? —le dijo una vocecita inoportuna que resonó en su cabeza—. Una sumisa dispuesta a darte lo que tú le exijas, sin protestar, que calentaría tu cama cada noche, siempre dispuesta a darte placer, en lugar de una insulsa muchacha digna y adecuada que se horrorizará en cuanto le eche un vistazo a tu polla».

—En un mundo ideal Anatolia podría ser la esposa perfecta —murmuró en voz alta—. Pero no estamos en un mundo ideal.

Sería mucho mejor que se quitara esa loca idea de la cabeza. Acababa de conocerla, y era una mujer que había aceptado convertirse en su puta a cambio de dinero. ¿De verdad querría a una duquesa así a su lado?

«Pero no olvides que has sido tú mismo quién la ha empujado hasta esta situación, inmiscuyéndote en su vida, hablando con su primo para que la echara del que había sido su hogar durante casi toda su vida, impidiéndole encontrar un trabajo digno y honrado, y sobornando a su casera con una buena propina para que la echara de aquella mugrienta habitación en la que vivía, para que así se viese desamparada y no tuviese más remedio que acudir a ti».

Sí, él había provocado todo eso. ¿Qué derecho tenía ahora de juzgarla por hacer lo que él había deseado desde que la había visto por primera vez, hacía seis meses?

Todavía recordaba aquel día. Estaba de visita en casa del actual conde de Townstill, hermano de Anatolia, cuando la señora Whistle se había presentado inesperadamente de visita, acompañada por ella. Se había fijado inmediatamente en aquella muchacha de fuego en el pelo y mirada altiva y desafiante, con unos ojos claros como un día soleado, que se mantenía apartada en un rincón del saloncito, sentada recatadamente con las manos sobre el regazo. Sola y apartada, había llamado su atención y le había preguntado a su anfitrión que quién era ella.

—La vergüenza de la familia —le había contestado este con una mueca de desprecio—. Solo la acepto en mi casa por respeto a la señora Whistle, porque la pobre anciana no puede prescindir de su compañía. Pero... odio tenerla aquí y que lleve mi mismo apellido. Eso es algo que jamás podré perdonarle a mi difunto padre.

Castle había oído hablar de la hija bastarda del anterior conde, a la que había reconocido y dado su apellido hacía unos años, solo para fastidiar al resto de la familia, mandándola lejos inmediatamente después.

Aquel día no se acercó a ella, pero se juró que haría todo lo que estuviese en su mano para hacerla suya; y, cuando Morrison planteó la apuesta y se enteró de que la señora Whistle estaba muy enferma y que probablemente moriría aquella misma primavera, supo que era una oportunidad que el destino le estaba presentando en bandeja de plata y no la dejó escapar, empezando a mover los hilos necesarios para que todo ocurriese según sus deseos.

Sí, él había sido la causa por la cual Anatolia ahora estaba en sus manos, y no se arrepentía de ello ni un solo segundo.

Capítulo seis

La visita de la señora Willis resultó ser de lo más desagradable. Castle estuvo presente, y eso hizo que Anatolia se muriera de vergüenza, porque se sintió como si fuese ganado en una subasta pública.

La anciana la obligó a tumbarse sobre la cama, con las piernas abiertas y dobladas, dejando su coño expuesto y vulnerable a la mirada del duque. No es que a esas alturas él no la hubiese visto desnuda y tocado su cuerpo, pero aquello fue diferente: quizá por la frialdad del proceso, que la hizo sentir como un objeto, como si ella no fuese una persona, sino solo un objeto que debía ser examinado para comprobar que estuviese en buenas condiciones antes de ser comprado.

—Perfectamente intacta, Excelencia —dictaminó la vieja después de haberle hurgado con el dedo en el coño—. ¿Puedo lavarme las manos?

El duque asintió y le señaló la puerta que daba al baño. La vieja desapareció durante unos minutos y Anatolia cerró las piernas e intentó levantarse, pero las palabras del Amo se lo impidieron.

—Quédate como estás —le dijo, dirigiendo hacia ella una mirada intensa—. Me gusta verte así.

Anatolia, que había empezado a incorporarse, enrojeció y el rubor le cubrió la piel hasta los pechos, provocando una risa satisfecha en Castle. Se dejó caer hacia atrás y volvió a doblar las piernas, abriéndolas para él.

El duque se acercó hasta ella y se arrodilló en el suelo, dejando sus ojos a la altura del expuesto coño.

—Es precioso —murmuró, pasando la mano sobre el vello púbico—. Y me enloquece el color tan intenso de tu vello. Rojo fuego, más que el de tu cabeza.

Inclinó la cabeza y le dio un beso en el muslo, muy cerca del coño, y se levantó antes de que la señora Willis apareciera de nuevo en el dormitorio.

—Sobre la mesita está el certificado que debe firmar conforme mi esclava es pura e inocente.

—Por supuesto, Excelencia.

Castle la miró y se preguntó que avatares del destino habían llevado a aquella mujer a convertirse en una alcahueta. Sus servicios eran solicitados por los mejores prostíbulos de Londres, sobre todo cada vez que había la subasta de una virgen entre los clientes más adinerados. También auxiliaba a

las putas más solicitadas (y tenía conocimiento de que las damas también acudían a ella si era necesario) para deshacerse de los bebés no deseados antes de que nacieran, provocando abortos. Sus servicios eran caros, pero las que podían permitírselo la buscaban a ella porque no era como las demás; sus métodos eran limpios y su técnica, impecable.

La señora Willis firmó el papel después de leerlo, y Castle se preguntó dónde habría aprendido. Las clases inferiores no tenían tiempo ni dinero para mandar a sus hijos al colegio, sobre todo si eran niñas; y, aunque su aspecto era el de una mujer de clase baja, con sus ropas grises y baratas, su pelo cano, su rostro lleno de arrugas y sus manos callosas, había algo en ella, una especie de altivez encubierta, que lo hacía sospechar que quizá su procedencia era otra muy distinta de la que aparentaba.

Le pagó el dinero estipulado previamente y la acompañó hasta la puerta del dormitorio, donde estaba esperando el lacayo que la acompañaría hasta la salida.

La anciana hizo una reverencia y le dirigió una sonrisa torcida llena de perfidia que al duque hizo que se le erizara el vello de la nuca.

—Siempre es un placer hacer negocios con usted, Excelencia. Que se divierta mucho con su nueva adquisición.

Cerró la puerta con indignación. Aquellas palabras y la sonrisa de la mujer habían conseguido que se sintiera como si fuese el malvado en una novela gótica. ¡Por el amor de Dios! ¡Él no era un ser malvado! ¿Un manipulador? Quizá. ¿Un perverso, según la casta mentalidad de sus congéneres? Totalmente. Pero no era malvado. Malvado sería si hubiese secuestrado a Anatolia y la hubiese encerrado en una mazmorra oscura, manteniéndola prisionera en contra de su voluntad, para violarla salvajemente cada vez que le apeteciera, para humillarla, azotarla, y fustigarla hasta romperla y convertirla en una mujer sin voluntad propia.

Y no era ese el caso.

Anatolia estaba allí porque lo había decidido libremente, a cambio de una sustancial suma de dinero, y él estaba siendo paciente y comprensivo con ella. Y no pensaba hacerle daño, no encontraba placer en azotar a una mujer, ni en oír sus gritos de dolor.

Se giró hacia ella, que seguía tumbada sobre la cama, con las piernas dobladas y separadas, mostrándole el hermoso y apetecible coño.

¿Por qué aquella vieja había osado hablarle de aquella manera?

Caminó hacia la mesita auxiliar para guardar el documento en el bolsillo

de la chaqueta y miró de reojo el excelente regalo que lo estaba esperando.

Salió de la habitación sin decir ni una palabra, dejando a Anatolia allí, sobre la cama, confusa y sin saber qué hacer.

¿Podía moverse? ¿Levantarse? ¿Pensaba regresar pronto?

Tragó saliva, nerviosa. En los ojos de él había visto que estaba furioso, pero, ¿por qué? ¿Había hecho ella algo que lo provocara? Había intentado levantarse cuando la anciana terminó pero no creía que fuese ese el motivo. ¿O sí?

Castle volvió al cabo de quince minutos. Había salido a tomar el aire al jardín para ahuyentar el mal humor causado por las palabras de la vieja, porque no quería hacérselo pagar a Anatolia, que no tenía culpa alguna. Quería disfrutar de la noche tanto como deseaba que ella también lo disfrutara, y no podría hacerlo si todavía resonaba en su cabeza el enfado por las desafortunadas palabras.

—Eres una gatita obediente —le dijo cuando, al entrar, vio que ella no se había movido. No había tenido la intención de convertir su ausencia en una prueba para ella, pero no podía dejar de alabarla al ver que había mantenido la postura a pesar de su marcha—. ¿Debería premiarte? ¿Tú qué piensas?

—No lo sé, Amo —contestó ella sin levantar la cabeza. Tenía los ojos fijos en el dosel de la cama, y se sujetaba las rodillas cansadas con las manos—. Aceptaré de buen grado lo que usted decida.

No entendía por qué le salían aquellas palabras de forma tan natural. Se sentía como si toda su vida hubiese estado esperando para encontrar a un hombre como el duque, fuerte y seguro de sí mismo, capaz de sacar de su interior a la mujer lasciva y sumisa que escondía.

—Me complacen tus palabras, gatita. Así que creo que te premiaré. Pero, antes, levántate y ayúdame a desvestirme. La ropa me está resultando sumamente incómoda.

Anatolia se levantó de un impulso y corrió hasta él, haciendo que la risa vibrara en su garganta.

—¿Estás impaciente por comenzar, pequeña?

—Estoy impaciente por complaceros, Amo —contestó mientras tiraba con cuidado de la manga de la chaqueta para quitársela.

Estaba impaciente por tocarlo. Durante todo el día había deseado ver qué se escondía debajo de su ropa. Nunca antes había visto desnudo a un hombre, y tenía mucha curiosidad por verlo. ¿Sería igual de atractivo sin la ropa que le daba ese porte magnífico? ¿Resultaría igual de intimidante? Su piel, ¿sería

suave al tacto, o áspera? Sus músculos, ¿estarían tan duros como parecían a simple vista?

Dobló cuidadosamente la chaqueta, el pañuelo del cuello, el chaleco, la camisa... y descubrió unos pectorales poderosos, y un vientre plano con los abdominales marcados. Pasó la mano suavemente por encima, y cerró los ojos para disfrutar de la piel cálida y el vello ensortijado de su pecho.

—No es el momento de acariciarme, pequeña esclava —le dijo, con una severidad que la risa de sus ojos desmentía—. Tocan las botas, las medias y los pantalones.

—Sí, Amo —susurró ella, y procedió a desabrocharle los pantalones, acariciando tímidamente la protuberancia que se escondía detrás y que hacía apenas un rato ella había probado con la boca.

Bajó los pantalones hasta las rodillas y Castle se sentó para que pudiera quitarle los zapatos. Ella se arrodilló delante y tiró para quitárselas y dejarlas a un lado. Después, le quitó los pantalones y las calzas y él quedó completamente desnudo ante ella.

—¿Habías visto a un hombre desnudo antes? —preguntó, sabiendo que no era así pero necesitando que ella lo confirmara.

—No he tenido la oportunidad hasta ahora, Amo.

—Y, ¿qué te parece lo que ves?

—Es... muy diferente a mi propio cuerpo, Amo.

—Afortunadamente —contestó él con la risa estallando en el pecho—. ¿Quieres tocarme?

—Me gustaría mucho, sí, Amo.

—Adelante, entonces.

Anatolia tragó saliva y pasó las yemas de los dedos por el ensortijado vello del pecho. Era suave y abundante. Subió ambas manos por los brazos, deslizándolas con lentitud, desde las muñecas hasta los hombros, deleitándose con el calor de su piel y la dureza de los músculos, hasta llegar al cuello para acariciarle allí, acercándose a él con la boca entreabierta.

Quería que la besara. Necesitaba sentir la presión de los labios masculinos sobre los suyos. Nunca la habían besado, y quería saber qué se sentía cuando un hombre como el duque te besaba.

Pero él le puso el dedo índice sobre la boca y negó con la cabeza.

—Nada de besos, gatita. Los besos en la boca son para la esposa, no para las putas.

Anatolia se sintió dolida por sus palabras y su alma se encogió. Castle vio

el dolor en sus ojos y se arrepintió momentáneamente de sus palabras. ¿Hacia un rato se había dicho que no le haría daño? Se equivocaba, acababa de hacérselo.

Pero no importaba. El camino que Anatolia estaba iniciando la llevaría por una vida llena de dolor y rechazo, y sería mejor que se acostumbrara cuanto antes.

—Pero puedes besarme en cualquier otro lugar, igual que yo te besaré también.

Anatolia apoyó el rostro en el pecho de él y le besó allí, deslizando las manos hasta la espalda y poder abrazarlo. Dejó ir un reguero de besos titubeantes por todo el pecho, deslizándose hacia abajo, hacia el ombligo y las caderas, hasta que quedó de rodillas ante él, con la enhiesta polla delante de la boca

Castle le puso una mano en el pelo para tirar de él y la obligó a mirarlo a los ojos.

—Eres una delicia. La lujuria es innata en ti, gatita. Tienes la sangre ardiente y vas a conseguir que arda —jadeó sin apartar la mirada—. Levántate antes de que no pueda resistir la tentación y te folle de nuevo la deliciosa boca.

Anatolia se levantó con reticencia. Había disfrutado mucho de hacerle el amor con la boca, y le hubiera gustado repetir.

—¿Y qué habría de malo en ello? —preguntó, inocente.

Castle dejó ir una risa suave entre los dientes.

—¿Qué te he dicho de hablar sin que te haya dado permiso? —la regañó, pero lo hizo con amabilidad, divertido.

—Lo siento, Amo, pero no he podido resistirme a preguntar.

—Y yo te contestaré, pero no vuelvas a desobedecerme. —La acercó a él hasta que sus bocas estuvieron casi tocándose, mezclándose los alientos. Le puso una mano en la cadera y la pegó a su cuerpo para poder acunar la polla en los deliciosos rizos del vello púbico. Los magníficos pechos se aplastaron contra los pectorales—. Tendría de malo que, si me corro de nuevo ahora, ya no me quedarán fuerzas para follar el delicioso coñito por el que estoy suspirando como una damisela. Esta noche quiero profanar el tesoro que tienes entre las piernas, húmedo e intacto, y no seré capaz de hacerlo si me dejas llevar por tus tentaciones, bruja.

Anatolia sonrió, agradablemente complacida por sus palabras. La deseaba con locura, eso era innegable. A ella, una mujer a la que había llamado feúcha

y solterona la primera vez que se vieron.

—Si tanto lo desea, ¿por qué se demora, Amo?

Castle soltó una carcajada. Esta mujer impúdica y libidinosa iba a volverlo loco de pasión. Cuando habló con ella hacía un mes y medio, había pensado que le costaría hacer que se liberara de todos los tabúes que la sociedad inglesa ponía sobre los hombros de las damas solteras e inocentes, a pesar de que había visto el fuego que anidaba en ella cuando, airada por su proposición, se atrevió a echarlo de su casa, a él, al duque de Castle, un hombre al que incluso el rey temía.

Pero la razón se equivocó, y su intuición acertó de pleno. Anatolia era puro fuego, ansiosa por complacerle y aprender los juegos que él estaba dispuesto a enseñarle.

—Antes, voy a prepararte, gatita —le susurró con los ojos incendiados por la lujuria.

La guió hasta la cama y la puso de pie, de espaldas a él. Acunó la boca en la curva del cuello y deslizó las manos hacia arriba, desde las caderas hasta los pechos, para acariciarlos y provocar los pezones para que se pusieran duros. Anatolia respondió con gemidos y jadeos, alzando los brazos para poder tocarle.

—Inclínate hacia adelante y pon las manos encima de la cama y apoya la cabeza. Así, perfecto. Ahora, ábrete bien de piernas y muéstrame de nuevo tu delicioso coño para que pueda jugar con él.

Ella obedeció y Castle se arrodilló en el suelo para que su rostro quedara justo a la altura de su sexo. Le acarició las piernas, empezando por las rodillas, subiendo hasta los muslos, jugando con el vello púbico. Le besó las nalgas y le dio algún que otro mordisco. Después, utilizó los dedos para abrir el coño y empezó a lamerlo, jugando y provocando, atendiendo al clítoris con suavidad hasta que este respondió, alzándose orgulloso para salir de su caparazón.

Anatolia se aferraba a la colcha con las manos, jadeando de puro placer. ¿Qué demonios le estaba haciendo? Notaba el fuego bullir en su interior, una tempestad que se estaba arremolinado en el centro de su ser y que amenazaba con estallar, llevándose su salud y su cordura.

Castle la folló con la lengua y los dedos, obligándola a aceptar más mientras ella suplicaba sin saber qué quería o necesitaba. Era tan hermosa. Su coño chorreaba de placer, y los jugos se mezclaban con la saliva de los labios y la lengua. La saboreó, igual que ella había saboreado su semen hacía un rato.

Le separó las nalgas y también le lamió el ano fruncido, provocando que ella dejara ir un grito de sorpresa.

—Muy pronto, gatita, también te follaré por aquí —le anunció, mordiéndole una nalga acto seguido.

—¿Por... por ahí? —preguntó, consternada.

—Te follaré por todos lados para que no te quepa duda de que eres de mi propiedad, gata. El coño, el culo, los pechos... y volveré a follarte la deliciosa boca. No tienes ni idea del placer que me ha provocado ver mi polla acariciada por tus labios. Ha sido una visión absolutamente celestial.

—Oh, sí, sí, Amo. Lo quiero todo, mi Amo —jadeó antes de que el orgasmo la golpeará inmisericorde llevándose la poca cordura que le quedaba, dejándola agotada y rendida a los placeres que él le estaba descubriendo.

—El momento perfecto —susurró Castle, levantándose. Apoyó la polla en la entrada del coño empapado, todavía conmocionado por los estertores del orgasmo, apoyó las manos en las caderas femeninas, y empujó, penetrándola de golpe hasta el fondo.

Delicioso. Magnífico. Aterrorador.

No era la primera virgen que desfloraba. Todas sus amantes lo habían sido porque era la mejor manera de evitar enfermedades contagiosas; pero ninguna había sido una dama, y ninguna había respondido de la manera en que Anatolia lo hacía, alzando el trasero para facilitarle el trabajo, gimiendo de placer otra vez, aferrándose a la colcha con las manos crispadas, gritando y exigiéndole más.

Era virgen, desde luego, la señora Willis así lo había asegurado y él no tenía por qué dudar de su palabra; pero no se comportaba como tal.

No tardó mucho en correrse, como si fuese un joven imberbe y sin experiencia. Lo hizo con fuerza, lanzando un rugido de placer y acelerando los empujes, rodeando la cintura de Anatolia con los brazos para pegarla más a él, enterrándose una y otra vez con agresividad, sin poder remediar perder el control, dejándose ir en un frenesí salvaje y perdiéndose en las violentas sensaciones que lo pillaron desprevenido.

Se quedó sin fuerzas y se cayó encima de ella, aplastándola contra la cama con su cuerpo mucho más grande y duro.

Anatolia no protestó. Al contrario, disfrutó de la calidez de su peso, sintiéndose insólitamente protegida y a salvo debajo de él.

Hasta que Castle se levantó, se vistió en silencio, y se marchó sin mirarla

siquiera.

Capítulo siete

Castle se marchó como alma que lleva el diablo. Tenía que alejarse de ella para poder recuperar la serenidad perdida y el control. ¿Qué diablos se había apoderado de él? Nunca, jamás, en toda su vida, se había sentido abrumado de tal manera. Los sentimientos a flor de piel bullían en su mente y en su corazón, que palpitaba descontrolado. El aire era incapaz de llegar a sus pulmones y llenarlos. Las manos le temblaban y las miró con los ojos desenfocados, parándose a mitad de la escalera, sorprendido de verse así.

¡Era una locura! Apenas hacía veinticuatro horas que tenía a Anatolia. A duras penas la conocía. No sabía nada de ella, ni qué cosas le gustaban, o las que la disgustaban. Era una completa extraña y, sin embargo, durante un segundo, sintió como si la hubiese estado esperando toda la vida, como si ella fuese la elegida de su corazón, la mujer destinada a convertirse en duquesa.

Gordon, el mayordomo, lo estaba esperando en el vestíbulo, con el abrigo, el bastón y el sombrero de Su Excelencia preparados. Castle los cogió y salió de la casa a toda prisa, sin despedirse.

Necesitaba aire. Y necesitaba pensar.

Anatolia se quedó destrozada cuando él huyó sin decir adiós. Parecía confuso y enfadado, como si hubiese pasado algo inesperado que no le hubiese gustado. ¿Habría hecho ella algo para disgustarle? ¿Quizá follarla no había sido todo lo satisfactorio que había imaginado?

Para ella había sido como tocar el cielo con las manos.

Se levantó, reticente, y se dirigió al baño para lavarse. Tenía manchas de sangre entre los muslos, y se sentía dolorida. Se lavó con movimientos metódicos intentando controlar las ganas de llorar.

Temía que el Amo no volvería, que la echaría de aquella casa y se vería obligada a volver a una habitación maloliente que tendría que compartir con cucarachas y ratas.

Y el hambre. El maldito hambre que le roería las entrañas.

Cuando el duque entró en Castle Manor, se encontró con la duquesa viuda en el vestíbulo, preparada para marcharse. Iba ataviada con un vestido de fiesta, y llevaba las joyas de la familia, un collar de esmeraldas engarzadas en oro.

—¡Oh, eres tú! —exclamó, desilusionada.

—Por supuesto, madre. ¿A quién esperabas? —La duquesa enrojeció y Castle la miró entrecerrando los ojos—. ¿Madre?

—Esta tarde me ha ocurrido algo muy divertido —empezó, riendo con nerviosismo—. Ya sabes que fui a visitar a lady Clover, y en su casa también estaba su primo, el señor Bowman. ¿Te lo puedes creer? Al principio fue un tanto incómodo, ya sabes, pero al final él se decidió a acercarse a mí, empezamos a hablar y... bueno, una cosa llevó a la otra, acabé confesando que hacía años que no asistía a una fiesta en Londres y... se empeñó en acompañarme a la de los condes de Narrow. ¿Te imaginas? Yo, con un pretendiente, a mi edad.

Castle tuvo que esforzarse para comprender lo que su madre le estaba contando. ¿Quién era el señor Bowman? ¿Y por qué había sido incómodo encontrarse con él? De repente, se hizo la luz en su cabeza y abrió mucho los ojos.

—El señor Bowman, ¿no pretendía tu mano al mismo tiempo que padre?

—Sí, hijo, así es. No puedes ni imaginarte lo incómoda que me sentí cuando lo vi allí, pero parece que no solo no me guarda rencor por haber elegido a tu padre, sino que no se ha olvidado de mí. ¿Sabes que nunca llegó a casarse?

—Eres una rompecorazones, madre —la halagó sonriéndole con ternura—. Diviértete en la fiesta, te lo mereces.

Le dio un beso en la frente con cuidado de no estropearle el peinado, y subió las escaleras de dos en dos, directo hacia su dormitorio, para llamar a su *valet* y ordenarle que le preparara un baño. No sabía por qué, pero necesitaba lavarse.

—Marcus, ¿tú también lo has notado extraño? —le preguntó la duquesa al mayordomo, sin apartar la vista de lo alto de la escalera por la que su hijo había desaparecido.

—No sabría decirle, Excelencia.

—Voy a pedirte un favor. —Giró el rostro para mirar al sirviente—. Sé que probablemente esto excederá tus funciones y que te pondré en una situación difícil, pero necesito que vigiles al duque. Tengo la impresión de que

algo extraño está ocurriendo y quiero saber qué es.

—Haré todo lo que esté en mis manos para averiguarlo, Excelencia.

—Muchas gracias, Marcus. Mi difunto marido tenía plena confianza en ti, y sé que no me fallarás.

Castle se dio un baño y después volvió a marcharse. Se fue al club de caballeros. Necesitaba pensar y recomponerse, y qué mejor lugar que aquel, rodeado de otros hombres, bebiendo buen whisky y escucharlos haciendo bromas de dudosa moralidad.

Estaba distraído, sentado en un cómodo sillón mientras observaba el ambarino líquido de su vaso, escuchando abstraído cómo el marqués de Morrow contaba las maravillas de las nuevas muchachas de su prostíbulo favorito, cuando Bonchamp se le acercó para saludarlo.

—¿Tú por aquí, Castle? —le preguntó con los labios curvados en una mueca burlona—. Pensaba que estarías entretenido con tu nueva amante virginal.

—¿Tenéis una amante nueva? —intervino Morrow, deteniendo momentáneamente su cháchara—. ¿Y virgen? ¿Quién es? ¿Alguien que conozca? Seguro que es una muchacha muy joven.

—Lo dudo mucho, Morrow —contestó, asqueado por el brillo de lujuria que había en los ojos del viejo. Morrow tenía setenta años, pero todos sabían que le encantaban las jovencitas. Siempre bromeaba diciendo que una mujer, a los veinte años, ya era demasiado vieja para él.

—No sea rancio, Castle. Dígame quién es, quizá esté interesado en ocupar su lugar cuando usted se canse de ella. ¿Es muy cara de mantener? Seguro que no. Una chica joven y virgen, será alguna doncella avispada que ha visto una buena oportunidad de ganar dinero fácil abriéndose de piernas. —Continuó con su verborrea interminable—. ¿A qué dama se la habéis robado? —Dejó ir una risa entre dientes—. Seguro que la dama en cuestión está que echa chispas por dejarla sin doncella. ¿Es muy joven? Espero que no la consintáis demasiado y la estropeéis para los que iremos detrás.

—Cierre la boca, Morrow —lo interrumpió Castle con un tono cortante que dejó al otro hombre con la boca abierta, sorprendido por su aspereza.

Castle no era un hombre al que se debía importunar. Era demasiado poderoso y un enemigo cruel y astuto. Si lo contrariabas, podía ponerte la vida

muy difícil.

—Lo siento mucho —se retractó el marqués de inmediato—. No era mi intención ofenderle.

Castle se levantó y se alejó de aquel viejo sin contestarle. Llevaba el vaso en la mano y se dio cuenta de que lo apretaba con tanta fuerza que los dedos habían palidecido.

La idea de que aquel viejo repugnante pudiera ocupar su lugar entre las piernas de Anatolia, lo había sacado de quicio.

Bonchamp lo siguió sin dejar de sonreír, divertido con el estallido del duque.

—¿Qué te ocurre, amigo mío? ¿Acaso tu esclava te está sorbiendo los sesos? ¡Y no han pasado ni veinticuatro horas!

—Déjame en paz, Bonchamp. ¿Acaso no tienes tú a una sumisa que adiestrar? ¿Qué estás haciendo aquí?

—Bueno, la estoy adiestrando en este mismo momento. —Cambiaron de sala y se acercaron a un grupo de sillones que había vacíos para sentarse en ellos—. Pensé que una muchacha de diecisiete años sería mucho más fácil de manejar que una mujer adulta, pero ya no estoy tan seguro. Quizá debería haber escogido a una solterona desesperada, como has hecho tú.

—¿Te ha salido rebelde? —le preguntó Castle, esquivando el comentario y evitando hablar de Anatolia.

—Mucho. Y estoy cansado de recordarle constantemente lo que puede pasar con su padre si me desobedece. Parece que no le importa mucho. Por eso he decidido ponerle un correctivo: si no obedece mansamente por las buenas, tendrá que aprender a hacerlo por las malas.

—¿Y qué has hecho?

Bonchamp esbozó una sonrisa malévola.

—¿Quieres conocer mis técnicas por si acaso las necesitas? —bromeó con inquina, intentando provocarlo—. Quizá te gustaría venir y verlo por ti mismo. Para ti será una lección magistral, y para ella... bueno, para ella será una manera de bajarle los humos.

Castle sonrió con malicia.

—Me encantaría acompañarte.

—Aquí la tienes. ¿Qué te parece?

Bonchamp soltó una risotada y le dio un azote en el trasero desnudo de la chica que estaba colgada por los brazos, atada a unas cadenas sujetas al techo.

Ella se revolvió y lo miró con furia, pero no dijo nada; no podía, porque estaba amordazada.

La mordaza era lo único que llevaba. Estaba completamente desnuda y Bonchamp aprovechó para ponerse detrás de ella y, desde allí, apoderarse de sus hermosos pechos.

—Es bonita, ¿verdad? Pero muy díscola.

—Es muy hermosa, sí. —Castle se acercó y la miró al rostro—. ¿La conozco? Me resulta muy familiar.

—Seguro que sí. Su padre es el barón de Northampton, y sus tierras lindan con las tuyas.

—La pequeña Jacqueline, por supuesto que sí. Así que tu padre ha vuelto a las andadas y ha sido tan inconsciente como para darte a Bonchamp como pago. —Le pasó un dedo por el rostro, acariciándole delicadamente la mejilla. Ella intentó apartar la cabeza para evitar el contacto y dejó ir un sonido ininteligible—. Siempre fue una salvaje consentida. Recuerdo que, una vez, con diez años, se escapó de casa y tuvimos que movilizar a todos los hombres para buscarla, y todo porque su padre se negó a comprarle el pony que ella quería. ¿Todavía tiene pataletas?

—Constantemente. Por eso he decidido dejarla aquí colgada hasta que le entre en esta dura cabezota cuál es su lugar. En esta casa —le susurró al oído—, ya no eres una dama, querida. Aquí, eres una puta. Y, como tal, tienes que hacer todo lo que el cliente diga. En este caso, el cliente soy yo.

Los ojos de Jacqueline se llenaron de lágrimas y los dirigió hacia el duque con una muda súplica. A Castle se le encogió el estómago de compasión por ella. Pobre muchacha. Estaba claro que no era el tipo de mujer adecuada para convertirla en un esclava sumisa. Jacqueline lucharía hasta el final y Bonchamp la rompería en mil pedazos para conseguirlo. Al *Francés* no le importaban demasiado las consecuencias de sus actos, ni los cadáveres emocionales que dejaba a su paso.

Bonchamp se rio de ella y la apretó contra su cuerpo duro y masculino, frotándose contra el desnudo cuerpo femenino mientras sentía cómo la excitación se apoderaba de él.

—No tienes nada que hacer, pequeña. Permanecerás constantemente atada, aquí o en la cama, hasta que lo comprendas. ¿Te ha servido la lección, Castle? ¿Te he dado ideas para ponerlas en práctica con tu esclava?

—Mi gatita no necesita correctivos. —Por un momento, se imaginó a Anatolia en su lugar, maniatada y desnuda, completamente a su merced, y

sintió que su polla se hinchaba. Se excitó mucho y tuvo que esforzarse para no salir de allí para ir a buscarla y poner en práctica con ella lo que allí veía—. Afortunadamente para mí, es una sumisa nata. Disfruta con mi toque y con mi polla.

Castle cerró los ojos momentáneamente para quitarse de la cabeza la imagen de su esclava y volvió a fijar la mirada en el rostro de la pobre Jacqueline. Por Dios, todavía era una niña. ¿Tenía diecisiete años? Recordó al viejo Morrow y de repente se sintió sucio e indecente, sin honor. No, no estaba bien que Bonchamp intentara quebrar la voluntad de Jacqueline, y mucho menos que él lo permitiera. No era propio de un caballero que se consideraba honorable.

—Suéltala, Bonchamp.

—¿Qué?

—Ya me has oído. Esta chica jamás será una buena sumisa. No lo lleva en su carácter. Sabes que siempre he sabido juzgar bien a las mujeres. Si me hubieras pedido consejo, te habría recomendado que te olvidaras de esta muchacha.

—¿Y perderme la diversión y el reto que supone adiestrar a esta fierecilla? —La besó en el cuello y deslizó las manos por el vientre hasta posarlas sobre el pubis—. Ni por todo el oro del mundo. Creo que conoces el camino de salida, ¿no es así?

—No pienso irme hasta que jures que la devolverás a su padre. Búscate a otra.

—¿Y perder la apuesta? Estás de broma.

—Hablaré con Sherman y Morrison. Te prometo que quedarás fuera de la apuesta, así que no perderás.

—Tampoco ganaré.

—¿Con ella? No tienes ni una oportunidad. Y, si consigues convertirla en sumisa, será a costa de su alma. ¿No te das cuenta de que ella nunca lo disfrutará?

—¿Y eso debe importarme? Aquí no se trata de su placer o lo que ella quiere, sino de mí. Mis necesidades, mi placer, mi diversión.

Sabía que de los cuatro, Bonchamp era el que tenía el corazón más negro, pero jamás se hubiese imaginado que hasta este punto. ¿Quizá no lo había juzgado bien? ¿O, simplemente, es que había pasado por alto de manera intencionada sus inclinaciones sádicas? Porque ahora veía claramente en sus ojos que estaba disfrutando haciendo sufrir a la pobre muchacha. Se divertía

con su dolor y su humillación, y eso no era aceptable. No para él.

—No lo hagas, Bonchamp. No te enfrentes a mí.

El tono gélido de su voz llenó la habitación. El *Francés* lo miró, sorprendido. Castle jamás le había hablado así antes, pero había estado presente en multitud de ocasiones en las que otros eran los blancos de su helada furia, y era consciente de que quien lo desafiaba, acababa pagando las consecuencias.

—Eres un cabrón.

—Tengo conciencia, algo de lo que parece que tú careces. ¿Cuándo te has convertido en un sádico sin honor? Esta muchacha está sufriendo, no quiere estar aquí. ¿Es que no lo ves? ¿O es que no te importa?

—Vete al infierno.

—Júrame que la devolverás a su padre. Mañana mismo. Y que no le reclamarás al barón el pago de la deuda. Hazle llegar a mis abogados la cantidad que te debe y yo me haré cargo de pagarte hasta el último penique.

—¡Está bien! —exclamó, apartándose de ella para soltar las cadenas. Jacqueline cayó al suelo con un golpe sordo, y sollozó encogiéndose para hacerse un ovillo—. Tú ganas. Me retiro de la apuesta y mañana la devolveré a su padre, pero tu intervención te ha costado mi amistad. Lárgate de mi casa y no vuelvas. Me has robado toda la maldita diversión.

Castle asintió con sequedad y giró sobre sí mismo para abandonar el dormitorio y la casa. Subió a su carruaje y se dejó caer hacia atrás, pasándose las manos por el rostro. Había hecho lo que le dictaba su conciencia y su honor, y había perdido una amistad que apreciaba. ¿Había actuado correctamente? Sí, estaba seguro. Jacqueline era una niña, y no estaba hecha para la sumisión. En su mirada acongojada no había visto ni una sola señal de disfrute. Era cierto que, la mayoría de las veces, a consecuencia de la educación que habían recibido, las mujeres de su propia clase se mostraban muy renuentes a complacer los gustos de los hombres como ellos. Al principio negaban su propia condición de sumisas sexuales, y se esforzaban por luchar en contra del placer que sentían cada vez que él les ordenaba hacer algo que ellas consideraban pervertido. Pero sentían placer, aunque eso les resultase perturbador.

Pero Jacqueline no era así. En sus ojos y el rictus de su rostro solo había dolor y humillación, y ni una gota de placer culpable.

Su mente viajó hacia el recuerdo de su propia esclava.

Anatolia era una *rara avis*. Un diamante en bruto. Una sumisa entregada

que disfrutaba con cada cosa que le hacía. ¿Disfrutaría igual si la ponía en la misma situación que el *Francés* había puesto a la pobre Jacqueline? Volvió a imaginársela en el cuarto de juegos, encadenada y a su merced, y la lujuria lo golpeó con brutalidad.

Quería ir a verla. El corazón y la necesidad le decían que fuese a buscar a Anatolia, que la follase durante toda la noche de todas las formas posibles, y que después se durmiese entre sus brazos.

Pero la razón le susurraba que se fuese a casa, que no volviese con ella aquella noche, que todavía no se había recuperado de la cascada de sentimientos extraños que se habían apoderado de él mientras le hacía el amor.

«Follabas. Mientras te la follabas», se corrigió.

Sí, mejor volver a casa y pasar la noche solo.

Mañana sería otro día. Mañana habría conseguido dominar sus alterados afectos y volvería a ser el de siempre, frío y controlado. En su vida y en su corazón no había lugar para Anatolia.

Capítulo ocho

En los días que siguieron, Anatolia notó el cambio de actitud del duque. Seguía siendo paciente con ella, pero ya no le hablaba con ternura, y sus caricias habían perdido la naturalidad y la intimidad del primer día. Se mostraba frío y metódico, lanzando órdenes con voz austera. Cada caricia, cada beso, cada contacto, tenían la única finalidad de llevarla hasta el clímax, pero su toque ya no la hacía sentir que podía rozar las estrellas. Ya no hubo más palabras cariñosas, ni palmadas de agradecimiento en la cabeza después de hacerle una mamada.

Anatolia seguía sometándose y se entregaba sin ofrecer resistencia, pensando que quizá así lograría que volviese el Amo que había vislumbrado el primer día; pero los días pasaron, su adiestramiento siguió, y él no volvió a ser el mismo.

Eso la tenía preocupada y perturbada. Castle, el Amo, se había convertido en alguien muy importante para ella. En su cambio de actitud, había visto miedo y dolor, y se empeñó en aliviar la pesada carga que él llevaba, aún sin saber cuál era.

Por eso, en lugar de mostrarse dolida o amargada por su frialdad, lo recibía con alegría y tenía una sonrisa siempre en el rostro, si importar lo que él le hiciera.

Hacía dos semanas que estaba encerrada en aquella casa. Había salido en contadas ocasiones, siempre con el permiso previo del Amo, y acompañada por una doncella que la vigilaba y controlaba. Ni siquiera cuando fue el momento de comprarle ropa, la dejó ir a la modista; fue esta la que vino a la casa a tomarle las medidas, y lo hizo en silencio y con él presente. Cuando intentó dar su opinión sobre las telas, él la acalló con un gesto adusto que la hizo enmudecer.

El único lugar al que le permitía ir era a un pequeño parque que había cerca de la casa. Allí, se sentaba en un banco y observaba a las niñeras mientras cuidaban a los hijos de los nobles que vivían alrededor, y se preguntaba si ella algún día sería madre. Se imaginó con el vientre hinchado con un hijo del duque, y sintió tal placer y alegría que se horrorizó.

Porque fue en ese momento, que se dio cuenta de que se había enamorado de él. ¿Por qué? No lo sabía. Castle no había hecho nada para lograr enamorarla; y, si lo pensaba fríamente, tenía más motivos para odiarlo. Pero su

corazón se negaba a verlos.

Entonces, comprendió por qué lo recibía con una sonrisa a pesar de la seriedad que le mostraba el rostro masculino, y por qué se forzaba en mostrarse alegre cuando él estaba presente.

No era por el placer que la hacía sentir; ni por el mundo de lujuria que le estaba mostrando y en el que se sentía bien por primera vez en su vida. Ni porque temiera volver a la existencia lúgubre y solitaria de antaño, o a la pobreza más absoluta.

Era porque lo amaba y tenía mucho miedo de que él se cansara de ella y la apartara de su vida.

Por eso se esforzaba en darle la alegría que sabía que él necesitaba.

Incluso cuando la llevó por primera vez a aquella habitación cerrada con llave.

—Este es mi cuarto de los juegos —le explicó con frialdad, empujándola suavemente para que cruzara la puerta, cerrando inmediatamente después que estuvieron dentro.

Abrió las cortinas y un raudal de luz dejó a la vista varios muebles extraños. Había cadenas colgando del techo, y unas estanterías con objetos que ella no podía ni imaginar para qué servían.

Había una mesa de madera terminada en V; una cruz de San Andrés; un potro como el de la escultura que había observado con detenimiento el primer día que llegó; una jaula colgada del techo, lo bastante grande como para que cupiera una persona dentro. También había cuerdas dentro de un arcón que estaba abierto, y una red encadenada al techo, en el lado contrario de la jaula.

Todo era muy siniestro y perturbador. Y extremadamente excitante.

—Dentro de quince días asistiremos a una fiesta muy especial. Será una reunión privada con dos de mis amigos, que irán acompañados por sus respectivas esclavas. Allí, os pondremos a prueba para determinar cuál es la mejor. Yo estoy convencido de que serás tú la que se alzará con el triunfo. Tengo plena confianza en ti porque me has demostrado con creces que eres una sumisa nata. Aceptas todo lo que te hago sin protestar y disfrutas de cada nueva experiencia, pero he de ponerte a prueba. En la fiesta, mis amigos te lo pondrán difícil y puedo asegurarte que su imaginación es tan o más perversa que la mía, y no quiero que nada te pille por sorpresa.

Anatolia tragó saliva. Estaba de pie todavía cerca de la puerta, completamente desnuda como estaba siempre que el Amo estaba presente, observándolo todo con los ojos muy abiertos mientras lo escuchaba hablar.

¿Una fiesta? ¿Con otros hombres presentes? ¿Y tendría que comportarse... igual que cuando estaban ellos dos solos?

Sintió miedo y mucho pudor. Pero, al mismo tiempo, una punzada de excitación se instauró en su útero. ¿La excitaba la idea de que otros hombres pudieran verla? Lo pensó seriamente, y la respuesta la escandalizó. Sí, sí la excitaba la idea. ¿En qué clase de mujer la convertía eso?

«En la clase de mujer que disfruta con todas las cosas que el Amo te ha hecho. ¿A estas alturas vas a sorprenderte de tu propia perversión?».

—Estoy dispuesta, Amo.

Castle le dirigió una sonrisa alentadora y asintió con la cabeza.

—No esperaba menos de ti. Ven aquí.

Le ofreció una mano que ella se apresuró a aceptar y la dirigió hacia el arcón en el que había visto las cuerdas. Buscó en el interior hasta sacar un extraño arnés de cuero que le puso metódicamente. Tenía cintas de cuero alrededor de los pechos, aprisionándolos y comprimiéndolos; de allí, varias cintas subían hasta el collar que le colocó en el cuello; y un grueso cinturón en la cintura del que salían unas correas con las que le rodeó los muslos y las rodillas.

«Está preciosa», pensó, pero no lo dijo en voz alta. Se había prohibido halagarla desde el día en que se había dado cuenta de que, quizá, estaba empezando a sentir algo más por ella que la pura lujuria. Callar era la manera de negar lo que hubiese sido evidente para él si se hubiese atrevido a analizarlo. Callar, también era la manera de matar esos sentimientos que no quería tener, de estrangularlos y lanzarlos a la basura porque sabía que no le iban a traer más que dolor.

Se giró con la excusa de buscar la última pieza que faltaba, pero en realidad lo hizo por temor a que ella pudiera saber lo que estaba pasando por su cabeza.

Le colocó la mordaza en la boca y la ató concienzudamente en la parte de atrás de la cabeza. Después, desenganchó la red y la colocó a ella en su lugar, trabando los enganches de la cintura, las rodillas y las muñecas, en las cuerdas.

Cuando la izó, la propia gravedad hizo el resto. Anatolia quedó suspendida en el aire, con las manos hacia arriba, la cabeza caída hacia atrás y las piernas dobladas y separadas, sin posibilidad de poder cerrarlas.

Un magnífico espectáculo.

—¿Estás cómoda? —le preguntó. Sabía que no era posible, pero quería

saber su respuesta.

Anatolia asintió con la cabeza.

Entonces, el duque hizo algo que ella no había imaginado. Tiró del llamador del servicio y, al cabo de unos segundos, dos hombres que ella no había visto nunca, entraron en la habitación.

—¿Gordon os ha dado las instrucciones?

—Sí, *Exselensia* —contestó uno de ellos, con un evidente acento cockney.

—Bien. Adelante, y disfrutad.

Anatolia lo miró con los ojos desorbitados. ¿Qué iban a hacerle aquellos desconocidos?

Uno de ellos se acercó a su rostro y la miró. Acercó la boca y le pasó la lengua por el rostro. Su aliento olía a podrido y a cerveza agria. Anatolia cerró los ojos y ahogó un sollozo. ¿Por qué el Amo le hacía aquello? ¿La estaba castigando?

Un grito estrangulado por la mordaza salió de su garganta cuando sintió una mano en el coño y unos dedos intrusos le separaron los labios vaginales. Después, una lengua húmeda empezó a lamerla.

No era el Amo. Abrió los ojos, buscándolo, y él estaba a un lado de la habitación, observándola con detenimiento.

—Es muy rica, *Exselensia* —rio el que tenía entre las piernas.

—Y tiene unas tetas cojonudas —coreó el otro, apretándole los pechos con saña hasta hacerle daño—. ¿En serio *podemo hacé* con ella lo que *queramo*?

—Ya sabéis las reglas —contestó el duque, sin perder la compostura—. Mientras no las rompáis, la puta es vuestra.

—*Jamá* había *imaginao* que podría *chuperreteá* el coño de una damisela. Huele bien. No como el de tu parienta, que huele a muerto —se rió estruendosamente por la broma mientras el otro lo mandaba a la mierda.

Anatolia miró al Amo. Él seguía observando sus reacciones, atento a cualquier expresión de su rostro y de su cuerpo. ¿Qué querría de ella? ¿Qué esperaba que ocurriera?

«Os pondremos a prueba para determinar cuál es la mejor».

«Aceptas todo lo que te hago sin protestar y disfrutas de cada nueva experiencia».

«Su imaginación es tan o más perversa que la mía, y no quiero que nada te pille por sorpresa».

¿Acaso esperaba que ella disfrutara de aquella experiencia? ¿Podía ser que fuese eso lo que pretendía? ¿Prepararla para disfrutar cualquiera que fuese

la situación a la que la someterían sus amigos?

Cerró los ojos e inspiró profundamente. Podía hacerlo. Si el Amo esperaba que ella disfrutara con aquello, eso sería lo que haría.

Porque en su mente, la boca que le mordía los pezones no era de un desconocido, sino del Amo. Los dedos que hurgaban dentro de su coño, no eran de un desconocido, sino de su Amo. La polla que sentía rozarse entre los glúteos no era de un desconocido, sino de su Amo. Las manos que le recorrían ansiosamente el cuerpo no eran de unos desconocidos, sino de su Amo. Los sonidos guturales del orgasmo y el semen que la estaba salpicando, no eran de un desconocido, sino del Amo.

Se excitó, y su coño empezó a mojarse. El útero pulsaba insatisfecho. Jadeaba, y no a consecuencia de la mordaza. Los pezones se le pusieron muy duros y ni siquiera la risa gutural de los dos desconocidos, burlándose de lo viciosa que era por excitarse en aquellas circunstancias, pudieron romper su ensoñación.

—Qué puta *eh* la damisela. *¿Tas dao* cuenta? Está *empapá* como la orilla del Támesis. Seguro que *podemo hacé* que se corra.

—*Má* satisfecha quedaría si *pudiéramo meté* la polla en su *abujerito* rico —se quejó uno de ellos con amargura—. *¿Está* seguro que no quiere que lo *hagamo*, *Eselensia*? Está claro que a la dama no le importaría, seguro.

—Si queréis salir de aquí con todos vuestros huesos enteros, será mejor que os atengáis a las reglas que os han enumerado.

—Poco satisfecha te debe *dejá* tu *señó* si te *poneh* tan cachonda con dos tíos como nosotros —se burló el de la boca apestosa antes de abalanzarse sobre su rostro y empapárselo de saliva mientras el otro le chupaba y mordía el clítoris.

Anatolia no oía nada. La conversación y las burlas parecían lejanas. Solo sentía las manos y las bocas manoseándola y empapándola de saliva, pero eran las del Amo. Siempre el Amo.

Al final, un orgasmo arrollador la atravesó, haciendo que su cuerpo se convulsionara y se balanceara en el aire, mientras oía las risas estruendosas de los dos desconocidos, que se corrían al mismo tiempo, salpicándola con su semen caliente.

—Se acabó el espectáculo —intervino Castle—. Abrochaos los pantalones y salid de aquí. Gordon os pagará lo estipulado. Y, recordad, si una sola palabra sobre esto sale de vuestras bocas...

—*Sabemoh* ser *discretoh*, *Eselensia* —se ofendió uno de ellos—. Solo

acuérdesse de *nosotroh* la *prósima* vez.

—Lo tendré presente. Ahora, fuera.

Castle se giró hacia Anatolia, que estaba con los ojos cerrados y temblando con fuerza. Maldijo en voz baja y se preguntó si se había excedido. Quizá todavía no estaba preparada para aquella experiencia.

Se quitó la chaqueta y la descolgó, arrojándola con la prenda. La llevó en brazos hasta el dormitorio, susurrándole palabras de aliento, y la metió en la cama.

Estaba fría, y tenía la piel húmeda, como si le hubiese devenido un ataque febril.

Se quitó la ropa con rapidez y se metió en la cama junto a ella, acunándola entre los brazos, besándole el pelo con delicadeza.

—Ya pasó todo, mi cielo. Lo siento mucho. Perdóname —le susurró al oído.

Odió que el cuerpo de ella estuviese sucio con el semen de otros hombres. ¿En qué diablos estaba pensando al creer que podría soportarlo? Había pasado todo el rato conteniéndose para no abalanzarse sobre aquellos dos desgraciados y echarlos a patadas de su casa, apartarlos del cuerpo de su sumisa y salvarla de lo que él mismo había provocado.

Un ramalazo de posesividad y celos lo invadió con tanta fuerza que tuvo que cerrar los ojos y dejar de mirar. Porque era necesario que ella pasara por aquello. Porque sabía que tanto Sherman como Morrison querrían follarla para ponerla a prueba, y él deseaba ganar sobre todas las cosas.

Jamás había perdido una apuesta y aquella no iba a ser la primera vez.

Pero iba a odiarlo cada segundo igual que había odiado cada momento de aquel encuentro angustioso.

—Estoy bien, Amo —susurró Anatolia abriendo los ojos. Le sonrió con ternura y le acarició el rostro para consolarlo a él, y Castle oyó su propio corazón romperse en mil pedazos.

Anatolia acababa de pasar por la que probablemente sería la experiencia más traumática de su vida, y era ella la que le estaba consolando a él.

—Duérmete un rato. Después te daré un buen baño. Odio olerlos sobre tu piel —confesó con la voz ahogada.

—No fueron ellos. En ningún momento. Era usted, Amo. Solo usted el que estaba allí.

A Castle se le hizo un nudo en la garganta al oír sus palabras, y comprendió.

—Lo siento mucho. Pero no puedo prometerle que no volverá a ocurrir.

—Lo sé. La apuesta. Es importante para usted ganar. Yo sí le puedo prometer que voy a hacer todo lo posible por darle la victoria.

Generosa en demasía, así era ella, y a Castle volvió a rompersele el corazón y se odió por tener el alma tan negra, y por ser tan egoísta. ¿En qué se diferenciaba de Bonchamp? Había creído que eran diferentes porque él tenía unos límites y unas reglas que el *Francés* no tenía.

Pero no era cierto. Su alma era tan negra como la de su antiguo amigo.

Capítulo nueve

En los quince días siguientes, el adiestramiento se incrementó. El duque la hizo pasar por todos los aparatos que tenía en la habitación de los juegos, pero ni una sola vez volvió a someterla a las manos de otros hombres, y Anatolia lo agradeció.

La gustaban los juegos, que el Amo la provocara hasta llevarla al borde y que después le prohibiera correrse, dejándola en un estado de ansiedad doloroso, porque después, cuando la liberación llegaba, era mucho más intensa. Que la maniatara para tenerla a su merced, y que jugara con ella hasta agotarla. Que la penetrara analmente o que utilizara los más variados y extraños juguetes para follarla. Que la encerrara en la jaula, con los ojos tapados, y se dedicara a tocarla cuando ella menos lo esperaba, sobresaltándola.

Disfrutaba del control que tenía sobre ella, que la liberaba de tener que tomar decisiones. Incluso le gustaba que le diera de comer en la boca, que la obligara a estar siempre desnuda ante él, que le dijera qué ropa tenía que ponerse al día siguiente mientras él no estaba; o que la utilizara de mesita para tomar el té, hecho que aprovechaba para acariciarle los pechos y el coño hasta que ella estaba al borde del orgasmo, sabiendo que si perdía el control y se derramaba una sola gota de té a causa de sus temblores, la castigaría dejándola toda la noche en la red, a oscuras y desnuda, sin una simple manta que le proporcionara calor.

Todo le gustaba, excepto que dejara que otras manos la tocaran.

Aunque sabía que lo aceptaría para hacerlo feliz si era necesario.

Porque hacerlo feliz se había convertido en su meta en la vida, aunque supiese que iba a terminarse pronto, probablemente, en cuanto la fiesta pasara y ganara o perdiera la apuesta. Estaba convencida de que en ese momento, todo terminaría entre ellos, que él la echaría de su lado y volvería a su cruel y solitaria vida.

«¿Qué harás entonces?» se preguntó.

Alejarse de Londres. El Amo le había prometido una gran cantidad de dinero como recompensa, además de las joyas que ya le había regalado y que serían suyas para hacer con ellas lo que quisiera. Las vendería todas, excepto un colgante en forma de lágrima al que le había cogido mucho cariño y que guardaría como recuerdo de su paso por su vida, un objeto al que aferrarse

cuando lo echara de menos, para recordarse que no había sido un sueño y que, durante un corto periodo de tiempo, había pertenecido al hombre que amaba.

Sí, buscaría alguna casita lejos de Londres, en la que el eco de lo que él hacía no llegase. Porque sabía que, en su posición, pronto tendría que casarse y saberlo en brazos de otra la enfermaría.

Porque si él era un Amo controlador, Anatolia era una sumisa posesiva que lo quería solo para ella, aunque supiera que nunca podría ser suyo.

Cuando el duque entró en sus aposentos, Anatolia ya estaba lista. Llevaba un escandaloso vestido de fiesta con el escote tan bajo que los pezones asomaban trémulos. Era de tul dorado, con varias capas superpuestas unas encima de las otras que no evitaban que fuese escandalosamente transparente y que, en algunos momentos, cuando caminaba, se abrieran para mostrar sus largas y torneadas piernas.

No llevaba enaguas, ni camisola, ni corsé, ni pololos. Debajo del vestido, estaba impúdicamente desnuda.

El dorado del vestido contrastaba enormemente con el brillo de su melena rojiza, que llevaba suelta en su honor. La doncella que la había ayudado a vestirse, le había adornado el pelo con una red de perlas entrelazadas con los mechones.

Parecía una sirena recién salida del mar.

Castle ordenó a la sirvienta que se retirara y se acercó a su esclava con una sonrisa de satisfacción en el rostro. La observó detenidamente, haciendo que girara sobre sí misma, y ella lo hizo dejando ir una carcajada divertida.

—Es un vestido hermoso, Amo. Muchas gracias por este regalo.

—Agradécelo alzándote con el triunfo, mi pequeña gata —contestó él abrazándola por la cintura y besándola en el cuello.

Cuando levantó el rostro, por un instante sus ojos se quedaron prendados de los labios femeninos y sintió el deseo de besarla. Se había jurado que no lo haría nunca, porque besar en la boca daba una intimidad más profunda, una familiaridad que él creía que un hombre solo debía tener con su esposa.

Jamás había besado en los labios a una de sus amantes. Nunca había sentido el deseo de hacerlo. Hasta que Anatolia había llegado a su vida.

Rompió el contacto y se apartó de ella para ofrecerle el brazo.

—Vámonos. Es la hora.

Bajaron las escaleras así, ella cogida del brazo de él, y disfrutó de aquella pantomima como si fuese real. Se imaginó bajando otras escaleras de su brazo, las de la mansión del duque, como su prometida. O como su esposa. Arriba de las escaleras, sus hijos los estarían despidiendo y deseándoles que lo pasaran bien. Porque iban a una fiesta muy elegante en la que bailarían juntos un vals y después se perderían en la oscuridad del jardín para retozar y besarse.

Un sueño que jamás se realizaría en la realidad, pero que siempre estaría presente en su corazón.

Cubierta con una capa que la ocultaba a ojos indiscretos, subió al carruaje delante del Amo y se sentó, retorciéndose las manos con nerviosismo.

—¿Estás nerviosa? —le preguntó él al sentarse a su lado.

—Sí, Amo. No quiero fallarle.

—No lo harás, estoy convencido de ello.

Ella dejó ir una risita nerviosa y asintió.

—Lo haré lo mejor que sepa, Amo.

—Con eso será más que suficiente. —La miró y le alzó el rostro con un dedo apoyado en el mentón—. Quizá debería hacer algo para ayudarte a relajar esa tensión —susurró acercándose a ella.

Le apartó la capa que la cubría y deslizó una mano bajo el escote para apoderarse de un pecho, acariciándolo y después se apoderó de un pezón con la boca para chuparlo y besarlo. Ella suspiró y se aferró a la cabeza de él, enterrando los dedos en el pelo.

—Tienes unos pechos muy hermosos —susurró el duque antes de dedicarle atención al otro.

La otra mano masculina se posó en el tobillo desnudo, deslizándose entre las aberturas de la falda, hasta que llegó a su sexo. Le acarició el vello púbico, enredando los dedos en él y la acarició con decisión y confianza.

Ya estaba húmeda y preparada. Era extraordinario cómo, solo con un leve toque, ella se mojaba para él. Sintió que su polla se alzaba bajo los pantalones, pero reprimió su propio deseo. Aquello no iba a ser para él, sino para ella. Un regalo a cambio de todo lo que ella le estaba dando: su confianza, su sumisión, su cuerpo, su alma. Un regalo y un recuerdo inestimable que esperaba que ella recordara siempre y lo guardara en el corazón cuando se separaran.

Pensar en su separación fue como un duro golpe en el pecho que le arrancó el aire de los pulmones, porque se dio cuenta de que no quería alejarse de ella. La quería siempre a su lado, como en aquel momento. ¿Por qué tenía que

alejarse de él? Porque se lo había prometido. Le había jurado por su honor que después la liberaría, que no la obligaría a quedarse junto a él. Pero, ¿querría marcharse cuando llegara el momento? Quizá debería cometer la estupidez de preguntárselo, a pesar del riesgo de que ella lo rechazara. Sería un duro golpe para él, porque realmente había llegado a amarla aunque no quisiera reconocerlo. Las convenciones sociales le impedían convertirla en su duquesa, pero sí podía ser su amante para el resto de sus vidas.

La mano inquieta le acarició el pubis y, los dedos, curiosos, penetraron en su coño húmedo. Anatolia gimió de placer sin soltarle la cabeza. Jadeó cuando el pulgar rodeó el clítoris, provocándola, y se dejó ir, convulsionando por el orgasmo, cuando él le ordenó que lo liberara.

Se quedó relajada y tranquila, con los brazos del Amo rodeándole los hombros, y la cabeza apoyada sobre el musculoso pecho.

Nunca volvería a tener la sensación de estar a salvo del mundo, y protegida entre unos fuertes brazos. Cuando todo terminara, su vida sería solitaria y vacía, y se pasó disimuladamente la mano por el vientre yermo.

Si por lo menos se hubiese quedado embarazada, tendría alguien a quién amar con toda la fuerza de su corazón. Un niño o niña que le recordaría constantemente la época más feliz de su vida, y al hombre que amaría por el resto de su existencia.

El viaje hasta la mansión campestre que Sherman tenía a las afueras de Londres duró apenas dos horas en las que ambos permanecieron abrazados y acariciándose perezosamente. Anatolia había intentado aliviar el evidente deseo de Castle, pero este se había negado, diciéndole que tiempo habría durante la fiesta para desahogar su necesidad, y que tenía que acumular fuerzas o no sería capaz de satisfacer a tres hermosas y dispuestas sumisas.

—He de estar a la altura de vuestros tres maravillosos coñitos ansiosos de polla, gatita.

La mención de las otras dos mujeres que habría presentes, y el deseo de follarlas que vio en el brillo de impaciencia en los ojos de él, consiguieron despertar en ella el monstruo de los celos, haciendo que, lo que hasta aquel momento había sido en su mente una simple fiesta, se convirtiera para ella en una verdadera competición.

Ganaría la apuesta. Sería, con mucho, la mejor sumisa de las tres.

Y le demostraría a su Amo que nunca, jamás, volvería a tener a su merced a una mujer que la igualara.

Pero el brillo que había en los ojos de Castle no era por las otras dos mujeres, sino por ella. Solo por ella. Cumpliría, sí, con las sumisas de Sherman y de Morrison. Las sometería porque, para él, ganar era importante. Porque nunca había perdido una apuesta y no quería que aquella fuese la primera vez.

Pero lo cierto era que su polla saltaba de felicidad por ella. Para follarla a ella. Someterla a ella. Solo ella.

Era tan hermosa cuando se sometía a sus deseos. Su rostro era cálido y los ojos vidriosos por el placer eran como rutilantes estrellas. Los labios entreabiertos lo llamaban constantemente para que la besara, y solo el férreo autocontrol con el que se había vestido, como si de una armadura se tratara, impedían que lo hiciera, declarándole así, de forma silenciosa, el profundo sentimiento que había llegado a desarrollar por ella y que se negaba a admitir abiertamente.

—Cúbrete bien con la capa, gatita —le dijo cuando el carruaje se detuvo ante la escalinata de entrada de la mansión de Sherman—. Incluso el rostro. No quiero que los criados te vean.

—No veré nada, Amo.

—No te preocupes. Yo te guiaré.

—De acuerdo, Amo.

Ella obedeció, como siempre, y la confianza que le demostró con ese simple acto, la de dejar que él la guiara como si fuese ciega, por las escaleras y el resto de la casa hasta llegar al salón que Sherman había ordenado preparar para la ocasión, hizo que su corazón se reblandeciera un poco más.

—Bienvenido a mi humilde morada, Castle —lo saludó Sherman en cuanto cruzaron las puertas—. Esto es todo, Lorigan —le dijo al mayordomo—. Ya conoces las órdenes. Si veo a alguno de los criados merodeando por la casa, lo azotaré con el látigo.

—Sí, milord. Se lo recordaré al resto del servicio.

—Tengo muchas ganas de conocer a tu esclava —comentó Morrison acercándose a Anatolia. Del brazo llevaba a su sumisa, todavía tapada con la capa igual que Anatolia.

—Estoy seguro, Morrison —contestó Castle con una sonrisa torcida—. Adelante, nada más lejos de mi intención que prolongar una vana espera.

Los tres hombres procedieron a descubrir a sus esclavas al mismo tiempo.

Anatolia parpadeó por la cantidad de luz que había en la sala. Dos enormes chimeneas encendidas caldeaban la habitación, y cientos de velas, repartidas por todos sitios, lo iluminaban todo casi como si fuese de día.

Miró a su alrededor, y vio que los únicos muebles normales que había, eran tres sillones dispuestos en semicírculo ante una de las chimeneas, y una mesa larga pegada a la pared en la que había una gran cantidad de platos y bebida que iba a durarles toda la noche.

El resto, eran aparatos destinados a ellas, iguales o parecidos a los que su Amo tenía en la mansión en la que ella vivía.

Después, observó al resto de personas que había allí.

El que se presentó como el Amo Sherman era rubio y con los ojos azules. Más delgado y bajo que el duque, tenía una delicada belleza, casi femenina, con el rostro ovalado, la piel pálida, la nariz pequeña, los labios carnosos y el pelo dorado cayéndole hasta los hombros.

En cambio, el Amo Morrison era grueso y moreno, con la piel más oscura de lo normal en Inglaterra y la nariz grande y curvada como el pico de un ave.

No los miró directamente, por supuesto; sabía bien que una sumisa jamás miraba a los ojos a un Amo, por eso lo hizo disimuladamente, llena de curiosidad y nerviosismo.

¿Se vería obligada a entregarse a ellos, igual que había tenido que soportar las manos y las bocas de los dos desconocidos?

Castle observó a las otras dos sumisas. La de Morrison, la prima que él mismo había tildado de feucha, estaba pálida y ojerosa, y aunque intentaba mantener el control sobre su cuerpo, estaba visiblemente nerviosa. Se retorció las manos y se mordía los labios constantemente.

No era fea aunque tampoco era una belleza. Si la comparaba con su gatita, parecía el patito feo del cuento. Tenía el pelo lacio y oscuro, los ojos quizá demasiado grandes para un rostro tan pequeño, y la nariz diminuta se perdía entre una mejillas sonrosadas a causa de la timidez y la vergüenza que estaba sintiendo.

La de Sherman era más hermosa. Rubia y menuda, con pechos generosos y una cintura muy estrecha, parecía una muñequita de porcelana que podía romperse en cualquier momento.

Pero Castle había aprendido con la experiencia que no podía fiarse de las apariencias. Miranda Lorington, la sumisa de Sherman, iba a ser una digna rival para Anatolia. En sus ojos había decisión y una fría determinación que lo dejaron impresionado.

—¿Empezamos con las pruebas?

Capítulo diez

Fue una noche muy larga.

Empezó con la cena. Las sumisas tuvieron que desnudarse y hacer de sirvientas, proporcionando a sus amos platos rebosantes de comida y copas llenas de vino, y sostenerlo todo en las manos estando arrodilladas al lado de los sillones dispuestos en semicírculo ante el fuego. De vez en cuando, si el Amo era generoso y se acordaba de que estaba allí, les proporcionaban un pequeño bocado que ellas masticaban despacio.

Anatolia no tenía hambre. El nerviosismo por la competición le había cerrado el estómago, pero cada vez que Castle le ofrecía con los dedos un trozo de comida, ella lo aceptaba y masticaba hasta tragárselo.

Las manos masculinas aprovechaban para tocarles los pechos, deslizar los dedos por las espaldas hasta los glúteos, o, como hizo Sherman en más de una ocasión con su propia sumisa, penetrarla con los dedos. Miranda se mantenía estoica ante cada contacto, y Anatolia dedujo que, a pesar de mostrarse como una sumisa ejemplar, la muchacha no lo estaba disfrutando en absoluto.

¿Por qué se había prestado a ello, entonces? Miranda Lorington no estaba en la misma posición de necesidad que ella. Su familia era muy adinerada y no encontraba lógico que ella estuviera allí.

En cambio, la sumisa de Morrison era evidente que se esforzaba aunque estaba muy avergonzada. Miraba a su Amo con tal devoción que Anatolia supo al instante que estaba enamorada. Pero Morrison no era amable con ella, ni compartía aquellos sentimientos. La llamaba «feucha» y le manoseaba los pechos riéndose de lo pequeños que eran.

—Os juro que si no fuese por el coño tan hambriento que tiene, sería como un hombre —se burló.

A Anatolia le dolieron aquellas palabras como si fuesen dirigidas hacia ella. La chica parecía muy buena, sensible y entregada a su Amo, y no se merecía tales desprecios.

¿Qué clase de amistades masculinas tenía su Amo? ¿Qué clase de hombres eran aquellos que desdeñaban el regalo tan maravilloso que aquellas mujeres les estaban haciendo? Las trataban como a trozos de carne, meros objetos con los que divertirse, como si no fuesen seres humanos con sentimientos.

—Tu cocinera se ha superado, Sherman —dijo Morrison al terminar su plato—. Una cena excelente. Transmítele mis felicitaciones.

—Se lo haré saber.

—Oye, Castle, ¿es cierto que obligaste a Bonchamp a retirarse de la competición, y que le instaste a liberar a su esclava? —preguntó, girándose hacia este.

—No es eso lo que nos contaste —comentó Sherman mostrando una sonrisa torcida—. ¿No sería porque su esclava podría hacerle sombra a la tuya? —añadió, mirando a Anatolia con los ojos encendidos por el deseo clavados en los pechos desnudos—. Aunque sería extraño, teniendo en cuenta la fascinación que sentimos todos por los pubis cubiertos de vello rojizo. Dicen que las pelirrojas, cuando están convenientemente adiestradas, son excelentes para follar. Ardo en deseos de probar si es cierto.

Anatolia sintió un estremecimiento y casi derrama el plato. ¿Permitiría su Amo que aquellos dos hombres la follaran como lo hacía él? Con los dos extraños, no había permitido que la penetraran; solo habían sido las manos callosas y las bocas babeantes las que habían recorrido su cuerpo, tocándola por todas partes.

Se estremeció de repugnancia al recordarlo. ¡Había sido tan humillante!

—Espero que sea más fogosa que la mía, aunque lo dudo. Mi feúcha es como una perra en celo. ¿Verdad, *tetitas*? —La chica, ruborizada hasta las orejas, agachó la cabeza y asintió en silencio—. Es toda una puta, aquí donde la veis.

Morrison soltó una risotada y Anatolia le dirigió una mirada de compasión a la muchacha de la cuál ni siquiera sabía el nombre. Esta se la devolvió con los ojos anegados de lágrimas y empezó a temblar, haciendo que unas gotas de vino se derramaran y cayeran sobre el pantalón de su Amo.

—¡Maldita torpe! —gritó este y alzó una mano. Anatolia ahogó un grito pensando que la iba a pegar, pero Morrison se controló y cerró el puño en el aire, bajándolo despacio sin llegar a tocarla—. Castigada, puta. Ya sabes lo que tienes que hacer.

—Sí, Amo —contestó esta en un susurro.

Se levantó para dejar el plato y la copa de vino en la mesa pegada a la pared y volvió hasta su amo. Se colocó boca abajo sobre las rodillas masculinas, con el trasero alzado, y aguantó estoicamente los azotes que este le propinó hasta dejarle los glúteos enrojecidos.

Anatolia cerró los ojos y apartó el rostro para no verlo, pero Castle la obligó a mirar susurrándole la orden al oído.

¿Aquello era normal? ¿Ser golpeada sin oponer resistencia? Dio gracias al

cielo por que su Amo no le hubiese dado nunca un correctivo semejante.

Cuando terminó, Morrison se la quitó de encima de un empujón, tirándola al suelo.

—Boca arriba —le ordenó—. Piernas abiertas.

Se levantó y se quitó el cinturón para arrodillarse acto seguido ante ella. Le dio tres golpes con el cinturón en el coño, que ella aguantó sin soltar ni un solo quejido.

—Esa es mi *tetitas*, ¿verdad, nena? Dura como una roca. Estoy orgulloso de ti.

La muchacha sonrió. ¡Sonrió! Anatolia no podía creer lo que estaba viendo. Se limpió las lágrimas con una mano y se incorporó para colocarse de nuevo junto a su Amo. Parecía dichosa y feliz.

—¿Pasamos a la siguiente prueba? —sugirió Sherman, sin quitarle los ojos de encima a Anatolia—. Voto porque sea tu sumisa la primera.

—Secundo la propuesta —rio Morrison.

—Ya lo has oído, gatita. Tu turno.

Anatolia se levantó y siguió a Sherman hasta una especie de trono reclinado hacia atrás donde la hizo sentar. Le rodeó las muñecas con tiras de cuero que procedió a asegurar por encima de la cabeza, y le ató las piernas, cada una en uno de los brazos del sillón, dejándola abierta.

—Veamos lo que aguanta tu esclava, Castle —se rio cuando la vio, pasándole la mano por el coño y aprovechando su indefensión para penetrarla con un dedo—. Mmmm, está seca. Tendremos que ponerle remedio, ¿no crees, esclava?

Castle se puso a su lado y le acarició la cabeza. Anatolia lo miró y tragó saliva. No quería que aquellos hombres la tocaran. ¿Por qué la obligaba a pasar por esto?

«Porque él no siente nada por ti, ¿no lo ves, estúpida? Eres solo un trozo de carne. No es diferente de sus amigos. En el fondo, es igual que ellos».

Pero ella lo amaba y lo deseaba, y no podía evitar que su cuerpo respondiera con lujuria; por eso, cuando él le pasó suavemente los dedos por el cuello, bajando por los hombros hasta llegar a los pechos, y le pellizó los pezones, se excitó.

—Estoy deseando saber cómo se ve este delicioso culo cuando está lleno —murmuró Morrison, y empezó a penetrarle el ano con un objeto de madera pulido que tenía forma de polla.

No lo hizo despacio, y ni siquiera la preparó previamente. A Anatolia le

dolió y ahogó un grito que supo que a su Amo no le gustaría. Tenía que soportarlo y disfrutarlo, por él.

Morrison le introdujo el falo de madera hasta el fondo y después empezó a acariciarle el coño con los labios, relamiéndose porque estaba mojada.

—Está deliciosa, Castle. Qué suerte tienes.

Sherman se había puesto a un lado y se dedicaba a sus pechos, acariciándola y mordiéndole los pezones.

—¿Crees que se correrá?

—No hasta que yo no le de permiso —contestó Castle, que estaba agachado al lado de su sumisa, susurrándole palabras de aliento.

—Joder, quiero follarla —dijo Morrison en un arrebato agresivo.

—Te quedarás sin fuerzas si lo haces ahora —se rio Sherman.

—Me recupero rápido. Aparta.

Lo empujó para tener sitio y se bajó los pantalones, dejando descubierta su enorme e hinchada polla.

Anatolia miró a Castle y le pareció ver en su mirada que aquello no le gustaba, pero no dijo nada.

«¿Por qué no lo detiene? No quiero que me folle otro que no sea él».

Morrison la penetró hasta el fondo de un solo empuje. Con el falo de madera que tenía insertado en el trasero y aquella polla en su coño, Anatolia se sintió demasiado llena. No le gustaba la sensación, era angustiosa y abrumadora, y el peso del hombre encima de ella, empujando con dureza y agresividad, hizo que su cuerpo reaccionara sin que pudiera controlarlo y empezó a tirar de las tiras de cuero que sujetaban sus brazos, intentando escapar.

—Joder, sí, eso es, muévete —gruñó Morrison, y justo cuando estaba a punto de correrse dentro de ella, Castle lo empujó y lo separó de ella.

—Nada de correrse dentro. Si se queda preñada, no quiero cargar con el bastardo de otro —se explicó con voz átona cuando Morrison lo miró desde el suelo con el ceño fruncido, enfadado por su intervención, con la polla todavía hinchada—. Podéis follarla todo lo que queráis, pero a correrse, fuera de ella. ¿Entendido?

—Vale, vale, Castle. Podrías haberlo dicho antes. Me he quedado a medias. ¿En su culo está permitido, señor duque?

—Adelante.

Morrison se levantó y le quitó el falo de madera para ocupar su lugar. Empujó con rudeza mientras le baboseaba los pechos con la boca y la lengua.

Gruñía palabras obscenas aludiendo a su delicioso coño caliente mientras lo penetraba con los dedos y jugaba con el clítoris.

Anatolia no se excitaba por aquello. No había fuego en su interior, ni la piel le ardía. Era humillante y obsceno, y quiso que acabara cuanto antes.

Pero entonces, el Amo volvió a inclinarse a su lado y empezó a decirle lo hermosa que se veía allí, admirando el fuego que desprendían sus ojos, y lo suave que era su anacarada piel. Se puso ante su rostro para que pudiese verlo, y en sus ojos vio el orgullo que sentía porque ella se sometía por él, y que apreciaba enormemente el regalo que le estaba haciendo.

Anatolia se perdió en aquella mirada, y como ya le había ocurrido antes, el hombre que estaba encima de ella dejó de ser un extraño para convertirse en su Amo, su duque, el hombre que amaba, y su cuerpo respondió, excitándose y respondiendo a cada empuje brutal.

—¿Te gusta, puta? —le preguntó Morrison.

—¡Sí, Amo! —gritó ella, provocando las risas de Sherman y Morrison.

Pero Castle no rio. Porque el brillo que había en sus ojos Anatolia había malinterpretado. Castle se estaba cuestionando lo que estaba permitiendo. Que Morrison la follara, que profanara y tocara un cuerpo que era de él, suyo y de nadie más, y los celos que sintió cuando ella gritó lo golpearon sin misericordia.

Se apartó de ella, cerrando los puños. ¿Podía ser que ella disfrutara realmente de aquello? ¿Es que le daba igual quién la follara? ¿Es que no le importaba, con tal de dar rienda suelta a la lujuria que sentía?

Inundado de rabia, la culpó a ella de algo que él mismo había provocado, y le dio la espalda, asqueado de sí mismo, de su esclava y del placer que ella sentía.

—Puedes correrte —le ordenó con voz fría como el hielo, y ella se dejó ir, liberando toda la tensión acumulada, dando rienda suelta al orgasmo que la sacudió mientras gritaba.

Quedó exhausta y, cuando la liberaron de las correas e intentó levantarse, las piernas le fallaron y cayó al suelo. Miró hacia su Amo, esperando que este la ayudara como había hecho antes tantas veces; pero él le daba la espalda y ni siquiera la miraba.

«¿Qué he hecho mal?» se preguntó, angustiada.

La noche siguió. Las dos sumisas restantes también pasaron por la misma prueba. Sherman se folló a la sumisa de Morrison, y Castle a Miranda Lorington, pero ninguna de las dos se corrió con la misma fiereza con que lo había hecho ella. Además, ambas protestaron y se revolviaron cuando les tocó el turno.

—Decididamente, la tuya está siendo la mejor, Castle —dijo Sherman, sentado en el sillón, mientras se tomaban un descanso. Habían enviado a las tres sumisas al fondo de la sala donde esperaban ser llamadas para la siguiente prueba.

Este no respondió. Sí, estaba siendo la mejor con diferencia. Su actitud sumisa durante la comida y el orgasmo brutal que había tenido en el trono, la habían puesto en el primer lugar.

—Espero que me avises cuando te canses de ella porque voy a hacer todo lo posible por tomarte el relevo, amigo mío —anunció Morrison—. Me he quedado con ganas de correrme en su coño —se quejó.

—Olvídate. No voy a cansarme en mucho tiempo.

—Me lo imaginaba.

Castle miró hacia donde ella estaba de rodillas en el suelo, con la espalda recta y las manos sobre los muslos. En aquellos momentos, la odiaba tanto como la deseaba. ¿Deshacerse de ella? Nunca. Anatolia estaría bajo su poder durante el resto de su vida. No iba a dejar que se apartara de él. No iba a darle esa opción. Le había prometido que la liberaría, pero iba a romper su palabra. Ella era suya y, después de esa noche, no iba a permitir que otras manos masculinas la tocaran. Nunca. Jamás.

—Estás muy posesivo con ella, amigo mío —le hizo notar Sherman—. ¿Acaso has olvidado que la has convertido en una puta? —De repente, se echó a reír—. ¿No te habrás enamorado de ella, no? —se burló.

Castle lo fulminó con la mirada y no contestó, lo que provocó que su amigo todavía riera más fuerte.

Sí, el duque parecía haberse rendido al amor. De una manera extraña y perversa, pero amor al fin y al cabo. Se veía en su mirada y en la tensión de su cuerpo que no estaba disfrutando de la velada, y aquello le pareció de lo más divertido. ¿Qué podría hacer para provocarle más?

Sonrió, ladino, porque una idea le vino a la mente. Sabía que Castle nunca besaba a sus amantes. No les había dado un motivo, solo había soltado aquella afirmación en una ocasión en la que hablaban de sus queridas. ¿Podría ser que...?

La sonrisa se convirtió en perversa cuando se levantó y llamó a Anatolia para que se acercara.

Ella acudió, presurosa. Sabía que, aquella noche, debía obedecer con rapidez cualquier orden que le dieran, sin esperar confirmación de su Amo.

—Acércate a mí, pelirroja. Más cerca. Más.

Cuando Sherman la tuvo tan cerca que los pechos de ella se aplastaban contra el pecho de él, le alzó el rostro con los dedos y empezó a bajar el suyo hacia ella. Lo hizo despacio, para darle tiempo al duque a reaccionar. Porque si no se lo impedía, iba a darle lo único que sabía que Castle no le había dado: un beso en la boca.

No tuvo ocasión. Las manos de duque lo apartaron de un empujón y se puso delante de ella como si tuviera la necesidad de protegerla con su propio cuerpo.

—Apártate, mal nacido —siseó con los puños apretados.

—Eh, vamos, amigo mío. Que tú no disfrutes besando a tus putas no quiere decir que tengas derecho a impedirnos a nosotros hacerlo.

—Se acabó. Anatolia, vístete. Nos vamos.

—Pero...

Castle se giró hacia ella con brusquedad.

—¿Acaso prefieres quedarte aquí y disfrutar con ellos como la maldita puta que eres? —le gritó.

Anatolia se encogió sobre sí misma, sintiendo sus palabras como si fuesen bofetadas.

—No, Amo —susurró—. Por supuesto que no.

—Entonces, haz lo que te he dicho. ¡Ahora!

Nunca lo había visto así. Estaba muy enfadado, furioso más bien. La violencia hacía que el aire a su alrededor chasqueara, y sus ojos refulgían con virulencia.

Corrió hasta donde había dejado su ropa bien doblada, a un lado de la habitación, y empezó a vestirse; pero Castle, impaciente porque tardaba demasiado según su criterio, fue hacia ella, la cubrió con la capa sin permitir que terminara de ponerse la ropa, y la sacó de allí tirando de su brazo, haciendo que ella tuviera que correr descalza detrás de él para mantener su paso.

El viaje de vuelta fue silencioso y muy incómodo. Anatolia intentaba mirarlo de reojo, pero en la oscuridad del carruaje apenas le veía el rostro. Pensó en pedirle que encendiera alguno de los faroles del interior, pero no se

atrevió. Castle estaba muy enfadado y tenía miedo a su reacción si se atrevía a hablar.

Capítulo once

Castle pasó una semana sin ir a verla. Aquella noche la llevó con el carruaje hasta la pequeña casa, la acompañó hasta el vestíbulo, y se marchó sin despedirse.

Estaba confuso y enfadado. Confuso porque jamás antes había sentido la mordida de los celos; y enfadado porque creía que ella había disfrutado cuando Morrison se la había follado.

No tenía ni idea de que, en la cabeza de Anatolia, era él quien le estaba haciendo el amor, y no su amigo.

Por eso se alejó de ella. Porque necesitaba pensar, se dijo, pero la realidad era que también quería castigarla con su ausencia por el orgasmo demoledor que había tenido en unas manos que no eran las suyas.

Su madre, la duquesa viuda, se preocupó mucho durante aquellos días. El duque casi no comía, ni hablaba, ni salía por las noches como era costumbre en él ; deambulaba por la mansión como si estuviera en trance, pensativo y melancólico a veces; furioso y exaltado, otras. Perdía los nervios con el servicio, algo que no le había pasado nunca. Se irritaba con cualquier tontería, y despidió tres veces a Marcus, el mayordomo, por causas ridículas.

Preocupados por él, la duquesa viuda y el mayordomo se reunieron para hablar de qué podría estar ocurriéndole, y llegaron a la misma conclusión: era una cuestión de faldas.

Marcus había obedecido a su señora y se había dedicado a espiar a su señor. Sabía con pelos y señales todo lo ocurrido, pero era reticente a contárselo a la duquesa. Ese relato era demasiado humillante y cruel como para ponerlo en oídos de una dama. Pero la dama en cuestión era mucho más dura, perspicaz y terca de lo que aparentaba, y no tardó demasiado en hacerle confesar toda la historia.

—Así que todo es por su amante.

En la voz de la duquesa no había sorpresa. Conocía muy bien a su hijo, y las noticias de algunas de sus perversiones sexuales ya le habían llegado a sus oídos. Era un secreto a voces que el duque de Castle era un hombre con unos apetitos extraños; pero era el duque, uno de los hombres más poderosos de Inglaterra, si no el que más después del propio rey, y aunque era la comidilla en círculos pequeños y cerrados y las habladurías no habían trascendido más allá, los rumores habían llegado hasta ella.

—¿Quién es ella? —preguntó mientras en su mente empezaba a formarse un plan para separar a su hijo de aquella mujer que, estaba segura, lo estaba manipulando para aprovecharse de él y sacarle todo el dinero que pudiera.

—Anatolia Eidenburg, la hija bastarda del conde de Townstill.

—Una muerta de hambre, según tengo entendido. Hace unas semanas todo el mundo hablaba de ella, y de que se había quedado en la calle después de la muerte de la señora Whistle.

—Así es. Según Gordon, el mayordomo de la otra casa, el duque le propuso un trato que ella aceptó encantada.

—Por supuesto. ¿Qué mujer en sus circunstancias es capaz de rechazar a un duque? Lo que no comprendo es por qué mi hijo pena por ella de esta manera. ¡Por una mujerzuela!

La duquesa había juzgado y sentenciado a Anatolia sin conocerla. Para ella, la amante de su hijo era una mujerzuela que lo había embrujado con sus artes de prostituta hasta convertirlo en un pelele, reduciéndolo a un fantasma deambulante que ni comía, ni dormía. A este paso, su hijo acabaría enfermando, y no iba a consentirlo.

—Quiero ir a hablar con ella.

—¡Excelencia! No puede hacer eso.

—¿Por qué no?

—Porque una dama como usted no puede rebajarse de esta manera. ¡Sería un escándalo si alguien se entera!

La duquesa lo miró con los ojos entrecerrados.

—Pensaba que el personal a mi servicio eran un ejemplo de discreción, pero ya veo que no. —El mayordomo no supo que responder a eso, y se quedó boqueando como pez fuera del agua—. Que preparen mi carruaje, Marcus. Y dale al cochero la dirección de la casa donde vive esa... mujer. Advértele que si dice una sola palabra sobre esto, irá a la calle sin referencias. Es más, me encargaré de que no vuelva a encontrar trabajo como cochero en ninguna otra casa, ¿entendido?

—John es un hombre leal a la familia, Excelencia. Pero si su hijo le pregunta...

—Si mi hijo le pregunta, que mienta. ¿O es que, a diferencia del resto de hombres de este mundo, no sabe mentir cuando es necesario? —ironizó.

El mayordomo no contestó. Se limitó a inclinarse en una reverencia y a salir de la habitación.

Dos horas después, la duquesa viuda estaba frente a la puerta de la maldita casa. Iba embozada en una capa para que nadie la reconociera, aunque era improbable que eso sucediera. El barrio era limpio y las casas, decentes y limpias, pero no era un barrio en el que viviría ninguna de sus amistades o conocidos.

—Un barrio burgués —refunfuñó.

La doncella que la acompañaba, una mujer de su misma edad que la había servido durante toda la vida, llamó a la puerta, no sin antes preguntarle con descaro si estaba segura de lo que iba a hacer.

—Calla y llama, Mildred.

—Sí, Excelencia.

Gordon abrió y miró con altivez a aquella dama que estaba ante la puerta. Durante unos segundos dudó si dejarla pasar o cerrarle directamente la puerta en las narices. Era evidente que se había equivocado de casa, no podía ser de otra manera.

—Vengo a ver a la señorita Eidenburg —le anunció la dama con voz altanera.

Así que no era un error.

—La señorita no recibe visitas.

—La señorita me recibirá. Ahora, Gordon. No tengo todo el maldito día. Apártate y déjame entrar. ¿O es que tu padre no te enseñó modales?

Aquella voz y aquel tono, reconocidos al instante, le provocó un escalofrío de terror.

La duquesa viuda.

Se avecinaban muchos y graves problemas.

—Por supuesto, Excelencia.

—Gordon, ¿eres consciente de que soy yo la que lleva la administración de todas las casas que pertenecen al duque? —le preguntó con voz neutra mientras cruzaba la puerta y se deshacía de la capa.

—Sí, Excelencia.

—Yo me encargo de contratar al personal. Y de despedirlo. Espero no tener que despedirte por tener la lengua demasiado larga. ¿Me comprendes?

—Alto y claro, Excelencia.

Por supuesto. La administración del hogar era tradición que recayera sobre los hombros femeninos, y, a falta de una esposa, era la madre del duque la que se seguía ocupando de aquella tarea. No es que la casa en la que el duque mantenía a las amantes fueran responsabilidad suya, pero si se empeñaba,

aquella mujer era lo bastante terca como para echarlo a la calle sin importarle demasiado. Si no podía hacerlo directamente, era capaz de buscar la manera de provocar su despido.

—Bien. Acompáñame hasta la salita de recibir, si es que hay alguna destinada a ese uso en esta miniatura de casa, y vete a buscar a la chica.

—Sí, Excelencia.

Mientras subía las escaleras en busca de la señorita, Gordon se debatía entre el miedo a la amenaza de la duquesa, y su lealtad hacia el duque. Debía avisarlo de que su madre estaba allí, pero, ¿se atrevería? A aquella hora, el duque estaría en el Parlamento. Quizá molestarle no era una buena idea. Quizá era mejor esperar a más tarde.

Anatolia recibió la noticia de la visita de la duquesa viuda con conmoción y sorpresa. Nerviosa, se miró ante el espejo y se congratuló por haber tenido la idea de ponerse aquel vestido sencillo y decente. Hacía una semana que el Amo no la visitaba, por lo que había tenido libertad para escoger ella misma.

Se había pasado todos aquellos días preocupada por su ausencia, preguntándose qué había hecho mal para que él se enfadara y la castigara así. Había llorado hasta quedarse sin lágrimas, y había rezado pidiendo que, fuese cual fuese su pecado, él pudiera perdonarla y regresara pronto.

En aquel momento, con la inesperada visita de la duquesa, pensó que él ya no volvería más. ¿Había sido él capaz de enviar a su propia madre para despedirla? Aquella idea era una aberración, pero ya no sabía qué pensar del duque. La noche de la fiesta había descubierto en él una faceta que le había mantenido oculta y que no le gustaba. No había intervenido cuando Morrison castigó cruelmente a su sumisa, ni lo había detenido cuando...

Se frotó la frente intentando recuperar la compostura.

Había pasado cada noche de aquella semana despertándose en mitad de una pesadilla. En ella, volvía a estar sujeta al trono, sin posibilidad de defenderse, completamente vulnerable y sometida. Morrison también estaba allí, desnudo, con su enorme falo levantado como el mástil de una bandera, y la follaba sin contemplaciones mientras ella le suplicaba que por favor, parara. Por toda respuesta, solo veía el rostro de Castle desenchajado por la risa, burlándose de ella y de sus lágrimas, mientras su amigo la follaba sin parar, corriéndose dentro de ella hasta que el semen rebosaba y goteaba hasta

el suelo, formando un horrendo charco. A veces, se convertía en la sumisa de Morrison, y este la castigaba golpeándola con el cinturón sin parar hasta que la piel le quedaba amoratada. No importaba que llorase, ni que suplicase; al contrario, su dolor parecía excitarlo todavía más.

Eran horribles pesadillas de las que se despertaba empapada en sudor y con los ojos llenos de lágrimas.

Temblando, bajó las escaleras. Se sentía agotada, desfallecida, y el no probar apenas bocado en una semana no la había ayudado.

Se detuvo ante la puerta de la salita y respiró profundamente. Tenía ganas de salir corriendo de allí. En aquel momento, pasar hambre en una habitación cochambrosa le parecía mucho más apetecible que tener una entrevista con la madre de su Amo.

Pero ella no era una cobarde. Era una mujer valiente y orgullosa, e iba a enfrentarse a lo que fuese con la cabeza bien alta.

—Excelencia —dijo al entrar, haciendo una reverencia—. ¿A qué debo su visita?

La mujer ante ella la miró de arriba abajo, llevándose a los ojos los impertinentes que llevaba colgando del cuello con una fina cadena de oro. La observó detenidamente, evaluándola. Cuando quedó satisfecha, dejó caer los anteojos y le dirigió una fría mirada.

—¿Cuánto quieres por abandonar a mi hijo?

Fue directa y sin preámbulos. ¿Para qué darle vueltas al asunto? Había ido allí con la intención de ofrecerle una buena cantidad de dinero, sabiendo que ella aceptaría.

—¿Cómo dice?

Anatolia estaba sorprendida. ¿Le estaba ofreciendo dinero a cambio de dejar a su Amo?

—Ya me has oído, muchacha —rezongó con impaciencia—. ¿Cuánto quieres? Di una cantidad y me encargaré de que la recibas.

—Excelencia yo...

La duquesa alzó una mano, deteniéndola. Anatolia había dado dos pasos hacia ella, obviando que no la había invitado a sentarse, haciendo que se sintiera una extraña, una intrusa, en lo que había sido su propio hogar durante aquellos dos meses.

—Déjate de monsergas, niña. Sé lo que vas a decirme. Que le amas, que él te ama, que vais a casaros y todo ese cuento. Eso jamás llegará a producirse. Eres una ramera, chica. Te lo recalco por si no te habías dado cuenta. Dicen

los rumores que eras virgen cuando llegaste a esta casa, pero eso ya no es así. Eres una vulgar mujerzuela y, desde luego, nadie quiere a una duquesa como tú. Lo sé yo, y te aseguro que mi hijo el duque es sobradamente consciente de ello. Es más, hace poco me pidió que le buscara una esposa adecuada para él. Es hora de que siente la cabeza y empiece a cumplir con su obligación de darle un heredero al ducado. Ahora, te repito la pregunta: ¿cuánto quieres?

—No soy yo quién debe decidir algo así, Excelencia —contestó Anatolia con la voz entrecortada. Cada palabra que la duquesa había pronunciado, habían sido como puñales clavados en su corazón. Por supuesto que sabía que ese día llegaría, pero no esperaba que la despidiera de su vida de aquella manera tan fría y desapasionada, enviando a su madre para deshacerse de ella—. Su Excelencia el duque ha sido más que generoso conmigo y, aunque hablamos de que me pagaría mis servicios con efectivo cuando nuestro trato terminara, no sé exactamente en qué cantidad pensaba él. —Intentaba mantenerse serena, sonar como una mujer de negocios, si es que había mujeres que se dedicaban a los negocios; pero por dentro sentía que se estaba desangrando—. ¿No os ha dicho él en qué cantidad había pensado?

La duquesa la miró alzando una ceja. ¿Aquella tonta pensaba que la enviaba su hijo? Sonrió, ladina. No iba a desaprovechar aquella ventaja.

—No, no me ha hablado de ninguna cantidad. Ha dicho que fueses tú misma la que estimara el precio por tus servicios, que yo te pagara, y me asegurara de que dejabas esta casa hoy mismo. Él no quiere volver a verte más. Lo has decepcionado mucho.

—Lo sé, Excelencia —contestó con la voz entrecortada y la cabeza agachada, intentando ocultar las lágrimas que se asomaban a sus ojos—, aunque no sé en qué le he fallado. Hice todo lo que me ordenó, me comporté como él esperaba, incluso cuando no me gustaba lo que me obligaba a hacer. Yo no sé...

Sollozó y se llevó las manos a la boca. Quería salir corriendo de allí, pero se obligó a quedarse hasta terminar la conversación.

—Bueno, en ese caso, creo que mil libras serán más que suficiente. Por supuesto, puedes llevarte las joyas y la ropa que mi hijo te haya regalado, eso forma parte del pago. —La duquesa se levantó y la miró con arrogancia—. Tienes que abandonar esta casa hoy mismo, y no te pongas en contacto con él de ninguna forma. Si se da la circunstancia de que te has quedado preñada, házmelo saber a mí y yo me ocuparé. ¿Has entendido?

—Sí, Excelencia.

—Bien. Te haré llegar el dinero en un rato. Que tengas un buen día.

Cuando la duquesa se fue, Anatolia se derrumbó. Cayó en el suelo hecha un ovillo y lloró. Sus sollozos fueron tan fuertes, que a todo el servicio se le encogió el corazón al oírla.

Gordon se arrepintió de haber dejado pasar a la duquesa, y se apresuró a enviar una nota a su señor para contarle la visita. Quizá se jugaba el puesto porque sabía que la duquesa era capaz de cumplir su amenaza, pero no le importó porque, a fin de cuentas, ¿dónde iba a encontrar su señor un mayordomo tan eficiente y leal como él?

Capítulo doce

Gordon ya no sabía qué excusa darle a la señorita. Hacía cuatro horas que había pedido unos baúles, y todavía no se los habían bajado del desván. ¡Por supuesto que no lo habían hecho! Él se había encargado de eso para retrasarla y darle tiempo a Su Excelencia a llegar para detener aquella locura. Primero le había dicho que el desván estaba cerrado con llave (mentira), una llave que no encontraban porque nunca la usaban. «Allí solo hay trastos de los anteriores dueños de la casa, y nunca subimos allí». Después, que no encontraban los baúles de viaje porque, entre tanto cachivache, era como buscar una aguja en un pajar. Después de cuatro horas, que los baúles estaban tan sucios que tenían que limpiarlos antes de poder empezar a llenarlos con la ropa.

Cuatro horas esperando al duque, tiempo más que suficiente para que recibiera el mensaje que le había enviado, y se personase en la casa.

Quizá, después de todo, la duquesa no había mentido. Aunque... teniendo en cuenta el chantaje al que lo había sometido a él para que no avisase a su hijo, lo dudaba mucho.

Entonces, ¿por qué el duque no estaba allí?

—Aquí están los baúles, señorita. Ágata se encargará de poner su ropa dentro.

—No es necesario, Gordon. Soy capaz de hacerlo por mí misma.

—Estoy seguro de ello, señorita, pero es la hora de comer y ya sabe que a la cocinera le molesta si nos retrasamos con los horarios.

Anatolia suspiró. La cocinera era una buena mujer que se había preocupado por ella durante todo el tiempo que había estado allí. Y, durante los últimos tres días, cansada de que le devolviera los platos casi llenos, se encargó personalmente de subirle la comida a su habitación y asegurarse de que se comía hasta la última cucharada.

—Está bien. Pero que no se entretenga, por favor. Debo marcharme inmediatamente.

—Por supuesto, señorita.

—¿Todavía no ha llegado el sobre de la duquesa?

—No, señorita.

Otra mentira. Lo tenía a buen resguardo, en su bolsillo, pensando que sin el dinero que había allí dentro, la señorita no se iría de la casa. Pero se

equivocó.

—Entonces, me iré sin él. No puedo soportar estar un minuto más en esta casa.

Cuando ella salió, Gordon la siguió, no sin hacerle antes un gesto a la doncella para que se retrasara todo lo que le fuese posible.

Castle salió del Parlamento con la nota en el bolsillo. Había tenido una reunión importante a puerta cerrada que había durado toda la mañana, y no le habían podido entregar la nota hasta aquel momento. Se subió al carruaje y ordenó al cochero que se dirigiera a la máxima velocidad posible hacia la casa de su amante.

¿Qué significaba aquella nota de Gordon? ¿Su madre había ido a ver a su sumisa? Arrugó el papel, enfadado. ¿Por qué todas las mujeres de su vida no hacían más que darle dolores de cabeza? Quería mucho a la duquesa, pero era una maldita entrometida; cuando solucionara lo que fuese que había provocado que Anatolia quisiera marcharse de su lado, se encargaría de su madre.

No iba a permitir que su amante lo abandonara. La sola idea de perderla lo hacía enloquecer. El lugar de Anatolia estaba a su lado, dándole y recibiendo placer, como hasta aquel momento.

—¿En qué estará pensando esta muchacha loca?

«En que te enfadaste con ella sin tener motivo y la dejaste sola y abandonada durante una semana completa, sin que tuviese noticias tuyas, estúpido. En eso estará pensando. En que ya no la quieres a su lado y por eso la ignoras como si no fuese nada».

Pero el problema era todo lo contrario. El problema era que ella lo era todo para él. Se había convertido en su alma y su corazón, y una vida sin tenerla a su lado no merecía la pena.

—Al diablo todo —pensó.

Castle no era impulsivo. Jamás actuaba atropelladamente. Comedido y racional, siempre pensaba las cosas cincuenta veces antes de actuar.

Excepto en aquella ocasión.

En cuanto llegó a la casa, Gordon le salió al encuentro completamente angustiado.

—Gracias a Dios que ha llegado, Excelencia. Ya no sabía que inventarme para evitar que se marchara.

—¿Dónde está?

—En sus aposentos, terminando de hacer el equipaje por sí misma.

—¿Qué le ha dicho mi madre?

—No lo sé exactamente. He intentado escuchar la conversación, pero las puertas de la sala estaban cerradas y son muy gruesas. Lo único que sé es que en cuanto se marchó, la señorita empezó a llorar desconsolada y después me ordenó que buscara unos baúles para hacer el equipaje y marcharse.

Gordon se moría de ganas de preguntarle por qué demonios había tardado tanto en llegar, pero se abstuvo. Había límites que no podía cruzar si quería mantener el trabajo, y golpear a su señor en la cabeza con un candelabro, era uno de ellos.

—Bien, si tiene el equipaje hecho, todo será mucho más fácil.

—¿Excelencia?

Gordon lo miró subir las escaleras sin saber a qué atenerse. ¿Qué había querido decir con eso? Sacudió la cabeza y pensó que si la humanidad en general era difícil de comprender, los aristócratas eran un mundo aparte.

Castle subió las escaleras de dos en dos y entró como una tromba en el dormitorio de su sumisa. Ella se sobresaltó y se puso muy nerviosa y asustada.

—Lo... lo siento. He intentado marcharme antes, pero no encontraban los baúles y...

—¿Qué significa esto de que te marchas? —le preguntó mientras la doncella salía de allí apresuradamente.

—Solo... —Tragó saliva. El duque parecía verdaderamente enfadado porque ella intentara marcharse, y su corazón latió dos veces en el mismo instante. Alzó los hombros y lo miró directamente a los ojos—. Su madre, la duquesa viuda, me dejó claro que debía marcharme antes de que terminara el día.

—¿Y desde cuando la duquesa viuda es tu Amo?

—No... Ella... Me transmitió su mensaje, Excelencia. Que ya no me quería aquí.

—¿Y tan cobarde me crees, como para enviar a mi propia madre a despachar a mi amante? ¿Acaso piensas que no tengo el valor suficiente como para hacerlo en persona?

—No... yo... —Anatolia estaba confusa. ¿A qué venía todo aquello? ¿Por qué no le hablaba claro de una vez por todas? ¿Por qué se empeñaba en jugar con su corazón? Tomó valor, cuadró los hombros, y decidió ser ella la que se dejase de juegos—. Excelencia, su madre se presentó aquí, me insultó y me

dejó claro que venía en su nombre para ofrecerme dinero por desaparecer. ¿Acaso debería haberla echado de aquí?

—Deberías haberte asegurado hablando conmigo.

—¿Cuándo? Hace una semana que no viene por esta casa, ni me ha hecho saber de usted.

—Podrías haberme enviado una nota. A Dios gracias, Gordon ha sido lo bastante listo como para hacerlo él y buscar mil excusas para retenerte.

—Excelencia, estoy harta. Harta de usted, de sus juegos, y del infierno que me ha hecho pasar. —Castle palideció. ¿Podría ser que su gatita hubiese estado fingiendo durante todo este tiempo? No, no podía ser. Su entrega y su natural sumisión no podían fingirse. Ni la mejor actriz hubiese conseguido engañarle así—. He hecho todo lo que me ha ordenado, y he disfrutado hasta el último segundo de casi todo. Pero no puedo seguir. Usted... su comportamiento ha cambiado, Excelencia. Pasó de ser cariñoso y comprensivo a ser frío y exigente. Así y todo, me entregué sin reparos porque... —Se detuvo a tiempo. Había estado a punto de decir «porque le amo», pero consiguió detener la confesión a tiempo—. Pero durante la fiesta, descubrí un hombre que no me gusta. Fue cruel conmigo. Permitted que sus amigos me... me... y yo aguanté porque era lo que usted quería, a pesar de que me repugnaba la idea de que otro hombre me tocara. Lo hice lo mejor que supe. Pero usted se enfadó y desapareció durante una semana entera sin darme ningún tipo de explicación. Y yo no podía soportar la idea de haberle fallado y...

—Ssssht, no llores, gatita —le susurró, acercándose a ella para rodearla con los brazos y apretarla contra su cuerpo. Ella se dejó y posó la cabeza sobre el torso masculino mientras las lágrimas que no sabía que derramaba, le mojaban el chaleco—. Lo sé. Fui un estúpido insensible y me comporté como tal. Me enfadé conmigo mismo, y lo pagué contigo por hacer de buena gana exactamente lo que yo te había ordenado.

—¿Por qué? —susurró.

—Porque pensé que estabas disfrutando de las caricias de otro hombre, y me sentí extrañamente celoso. Nunca antes me había sentido así, y supongo que me asusté. Tienes demasiado poder sobre mí, gatita, y no estoy acostumbrado.

—Lo siento, no era mi intención. De verdad. Solo disfruté porque en mi imaginación era usted quien me tocaba. Odio a su amigo. Me parece un hombre cruel y repugnante, y no me gustó la manera en la que trató a su pobre sumisa. Llevo toda la semana teniendo pesadillas con eso.

—Lo siento, gatita. En mi obcecación por ganar la apuesta no me di cuenta del daño que te estaba haciendo.

—Pero al final me retiró de la competición. ¿Por qué?

—Porque Sherman iba a apoderarse de la única parte de tu cuerpo que todavía no he probado, y no podía consentirlo.

Anatolia alzó la cabeza y lo miró. El beso. Aquel hombre iba a besarla y su Amo no había podido soportarlo.

—Debería ponerle remedio a eso, Amo.

—Voy a hacerlo ahora mismo.

Los labios masculinos descendieron sobre los femeninos y se apoderaron de ellos con ansia y fervor. La poseyó con la boca como antes la había poseído con la polla, y la besó tan a conciencia, recorriendo cada recodo de su boca, jugando con la lengua, y mordiéndole suavemente los labios, que Anatolia creyó que estaba soñando.

«Los besos son para las esposas», le había dicho hacía lo que parecía una eternidad.

Pero ahora la estaba besando a ella.

—Vamos a casarnos, por supuesto. —le anunció cuando el beso terminó—. Y se terminaron las apuestas absurdas que te involucren a ti. Eres mía y no voy a permitir que otro hombre disfrute de los placeres de tu cuerpo. Vas a ser mi duquesa.

—Pero, es una locura. Yo no estoy preparada para ser duquesa. Voy a ser una humillación para usted.

—Gatita, ¿has olvidado la parte en que debes obedecerme en todo?

—No, Amo.

—Bien, porque me había parecido que estabas poniendo peguas a mi decisión. Vamos a casarnos por todo lo alto, en la iglesia de San George, en Hannover Square. Te vas a mudar inmediatamente a mi casa, y como mi madre está allí, será una estupenda chaperona para que a nadie le dé por murmurar lo que no debe.

—Pero, ¿y sus amigos? Ellos...

—Ya no son mis amigos. Tienes razón, son innecesariamente crueles y no los quiero cerca de ti.

—Pero hablarán, contarán lo que pasó y...

—No lo harán, gatita. No te preocupes por eso: me encargaré de ello. Y deja de poner obstáculos o empezaré a pensar que no quieres casarte conmigo. Porque, quieres casarte conmigo, ¿no?

Había tal inseguridad en aquella pregunta y en el tono de su voz, aunque intentó ocultarlo y parecer que bromeaba, que Anatolia sintió mucha ternura por él.

No era un hombre perfecto. Era dominante, exigente y controlador; además, sus apetitos sexuales eran insólitos y no parecían tener fin.

Pero era el hombre perfecto para ella.

Sí, se casaría con él y, juntos, harían frente a lo que fuese que les deparase el futuro.

Si quieres leer más obras de nuestras autoras, visita nuestra web:
[DirtyBooks](#)